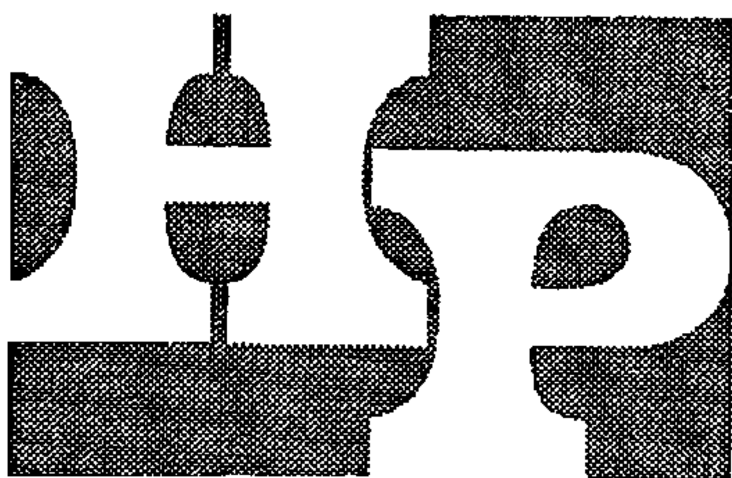


Silver Kane

LA CIUDAD DE LOS FANTASMAS





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

LA CIUDAD DE LOS FANTASMAS

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 189
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito Legal B 25747-1973

Impreso en España - Printd in Spain

2.º edición: agosto, 1973

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

LAS GARRAS DE LA NOCHE

Habían transcurrido justamente dos días desde que fue asesinado Henry Loman.

Su cadáver, pesado y ancho, reposaba ahora en el fondo de la caja, llevando aún la misma camisa que usaba cuando lo asesinaron. En esa camisa había una gran mancha de sangre y un pequeño agujero por donde había penetrado el proyectil calibre 45 que alcanzó a Loman en el centro exacto del corazón y le causó la muerte.

Todos los hombres que asistían a su entierro llevaban los sombreros en la mano y contemplaban con expresión pensativa el descenso del ataúd hasta las profundidades de la fosa.

Luego empezaron a caer poco a poco las paletadas de tierra.

Era de noche y las nubes amenazaban tormenta. Los rayos de la luna apenas lograban filtrarse por entre algunos leves resquicios de los nubarrones negros. La escena de aquel entierro era fantasmal, como en una decoración para representar un drama de horror.

Uno de los hombres que estaban al borde de la fosa, con el sombrero en la mano susurró:

—No sé por qué, pero todo esto me recuerda cierta obra de teatro que vi representar una vez en Denver. Se titulaba El conde Drácula.

El *sheriff* que estaba a su lado, gruñó:

—¿Se puede saber por qué se le ha ocurrido pensar en vampiros ahora?

—Es que esta tumba, este ambiente de la noche…

—Sí, un ambiente muy misterioso. ¡Ejem! ¡Cualquiera sabe quién asesinó a Loman! ¡A lo mejor se le ocurre una noche de éstas asesinarnos a alguno de nosotros!

Todos los que estaban alrededor de la fosa, unos once hombres en total, se miraron con expresión intranquila.

—¿Es que no ha podido averiguar nada, *sheriff*? —preguntó uno de ellos.

—¿Yo? ¿Y qué quieren que averigüe? El juez Carlson les dirá cómo están las investigaciones.

Todos los rostros se volvieron hacia el juez Carlson, un hombre de unos cincuenta años, pero corpulento y en plena salud.

—Todo lo que sabemos acerca de este asesinato —dijo—, es que se cometió por la espalda, con un revólver marca «Colt» de calibre 45, y que el asesino es un excepcional tirador.

—Eso se da por descontado —gruñó el *sheriff*—, puesto que el disparo fue hecho a distancia, y, sin embargo, perforó el corazón como si hubiesen estado tomando las medidas con un compás.

Las palas iban recubriendo poco a poco de tierra el ataúd donde reposaba Henry Loman.

—Fue un gran hombre —dijo el juez Carlson—, uno de los que más laboraron por el engrandecimiento de esta región. Su muerte será muy sentida por todos los hombres honestos de este condado.

—¡Déjese de frases idiotas!

Todos se volvieron hacia el que había pronunciado aquellas palabras. El que acababa de hablar era un hombre de unos cuarenta años llamado Jonás Barrytibulinken. Como nadie sabía pronunciar su nombre, le llamaban Jonás, o simplemente Jo. Era un hombre que vivía de reparar armas y que normalmente estaba borracho día y noche. Parecía mentira que aún no le hubieran estallado un «Colt» o un «Derringer» en la cabeza.

Pero ahora no estaba borracho.

—Le digo que este crimen es muy misterioso, juez —masculló—, y que más de un hombre morirá en esta ciudad si no se descubre pronto al culpable. Todos estamos hartos de ver que los pistoleros se desafían en la calle y se abren el cráneo a balazos, pero no nos acaban de gustar los asesinatos por la espalda…, sobre todo si éstos tienen lugar en el cementerio.

—¿Es que lo mataron aquí mismo? —preguntó estremeciéndose

el que antes había hablado del conde Drácula.

—Justamente donde estamos ahora. Dispararon desde detrás de ese árbol —indicó el juez—. Un asunto que no me gusta nada, pueden creerlo. Todo esto huele a azufre, como si aquí interviniera el demonio.

—Lo que huele es a aparecidos y a fantasmas —murmuró el *sheriff*—. Pero vamos a dejar esto de una vez, ¿no?

Las últimas paletadas de tierra caían ya sobre la fosa.

En aquel momento comenzó a llover.

Las gotas caían gruesas y compactas sobre las losas del cementerio y producían un sonido especial que causaba como un escalofrío en la espalda.

—Hemos terminado —dijo el juez Carlson.

En efecto, la fosa ya estaba cubierta y sólo faltaba que se colocara allí la lápida, cosa que ya realizarían los sepultureros a la mañana siguiente.

Todos los hombres que habían asistido a la lúgubre ceremonia se retiraron de aquel lugar y empezaron a dispersarse buscando los distintos lugares donde habían dejado sus carruajes y caballos, cerca del cementerio.

El juez, el *sheriff* y Michael, el hombre que antes hablaba del conde Drácula, salieron juntos.

Como seguía lloviendo, el juez ofreció llevar a los otros dos en su carruaje, que tenía capota de cuero.

—Pueden atar sus caballos a la parte posterior —indicó—. Antes de veinte minutos estaremos en la ciudad.

Los dos hombres aceptaron y se acomodaron en la oscuridad del carruaje, junto con Carlson. Éste excitó el tiro de los corceles y a buena velocidad se alejaron del cementerio.

—¡Uf! No me gustaba nada estar ahí —dijo Michael—. No podía dejar de pensar que en cualquier momento podían asesinarme desde detrás de aquel árbol como hicieron con Loman.

—¡Bah! No piense en eso —dijo Carlson—. ¿Por qué había de sucederle a usted igual?

—Loman y yo éramos bastantes amigos, ésa es la verdad.

—¿Y qué tiene que ver?

—Si le mataron por una causa determinada, puedo verme afectado yo también.

—No sea niño.

—Le aseguro que este asunto me preocupa. Y me gustaría dar con la identidad del asesino.

—Eso nos gustaría a todos —dijo el juez.

—Es que yo tengo un motivo especial para saberlo.

Los dos representantes de la ley se volvieron hacia él, vivamente interesados.

—¿Ah, sí?

—La noche en que resultó asesinado Loman, no se veía a dos pasos —explicó Michael—, y, sin embargo, fue al cementerio. No es fácil que nadie le siguiese por la calle, porque apenas pudieron distinguirlo. Lo único que parece probable es que el asesino conocía la dirección que llevaba Loman y le esperó agazapado tras aquel árbol. Además, debía conocer muy bien su estatura, puesto que, pese a la escasa visibilidad de aquella noche, le acertó bien al primer disparo.

—Todos estamos de acuerdo en que el asesino debía ser una persona de la población —dijo el juez Carlson.

—Pero, además, tenía que saber que Loman iría esa noche al cementerio.

—¿Y qué tiene eso que ver?

—Estoy intentando recordar —dijo Michael pensativamente—. Loman me vio a mí esa noche y me dijo que iba a ir al cementerio. ¿Con un tiempo así?, le pregunté. «Es que he recibido una extraña cita». «No me parece muy prudente ir a un sitio así y en una noche como ésta, con lo peligrosa que se ha puesto la ciudad», le advertí. Y añadí en seguida: «¿Has hablado de esto con alguien? No me gustaría que te tendieran una emboscada».

Los dos hombres que habían empezado a escuchar con indiferencia, le miraban ahora con mal contenida curiosidad.

—¿Y qué contestó Loman? —preguntó el juez.

—Pues que eso sólo lo conocía yo y…, y…

—¿Y quién más?

Michael se dio una palmada en la frente.

—¡Diablo qué imbécil soy! ¡No puedo acordarme, a pesar de que Loman pronunció el nombre con absoluta claridad!

—Haga memoria —dijo el juez—. Aún nos falta unos cinco minutos para llegar a la ciudad.

—No puedo recordarlo de ninguna manera —concluyó Michael, después de pensar unos instantes más—. Y es de la mayor importancia que yo recuerde, porque esa otra persona puede ser el asesino.

—¿Y por qué no ha de serlo usted? —rió el *sheriff*—. Reconoce que Loman le dijo que iba al cementerio.

—¿Yo? —se asombró Michael, encogiendo aún más su ya pequeña estatura—. ¡Pero si era amigo de Loman y además tiro muy mal con el revólver!

—No se puede hacer caso de eso, Michael —declaró el juez—. Pero intente recordar el nombre de esa otra persona. Existen bastantes probabilidades de que, en efecto, sea el asesino.

Mientras el hombrecillo trataba de recordar sujetándose la frente con ambas manos, el carruaje entró pausadamente, en las primeras calles de la ciudad, dormida ya a aquella hora.

Una semana antes había pasado por allí una caravana que se dirigía a Nevada y sus componentes asesinaron a once personas e incendiaron dos saloons. Después de un par de noches de orgía y de muerte, la ciudad había quedado tranquila como si ni un solo pistolero la hubiese pisado jamás. Pero lo que ocurría era que casi todos los pistoleros estaban muertos.

—¿No recuerda nada? —preguntó el juez mirando a Michael.

—No, no puedo…

—Está bien, Michael, no se preocupe. Le dejaremos en su casa.

—Sé que me habló de alguien de la ciudad, pero no puedo precisar más. Estoy avergonzado —reconoció el hombrecillo.

—No debe preocuparse por eso. Ya recordará.

Lo dejaron ante su casa, una pequeña vivienda de una planta, donde Michael vivía solo. Luego el juez y el *sheriff* se alejaron en dirección a sus domicilios.

Michael entró en su habitación y bebió un gran vaso de *whisky*. No lograba apartar de su cabeza el pensamiento que le había venido atormentando durante todo el camino.

—¿A quién más le había dicho Loman que iba a ir al cementerio la noche que le asesinaron?

Era imposible recordar. No había prestado atención entonces, ésa era la verdad. Y ahora sé devanaba los sesos intentando, sin resultado, precisar el nombre que Loman le diera.

Apuró otro vaso de *whisky*, se acercó a la ventana… ¡y de pronto recordó! ¡Escuchó aquel nombre como si Loman lo estuviera pronunciando otra vez!

Michael tuvo en estremecimiento.

Lo primero que hizo fue correr a su mesa escritorio y buscar el revólver. Sabía que el asesino no le iba a dejar escapar con vida. Cerró febrilmente todas las ventanas, mientras a su imaginación volvían, macabras, las escenas del cementerio. Luego, jadeando se apoyó contra un ángulo de las paredes desde el que dominaba toda la casa.

Fue en ese momento cuando llamaron a la puerta.

Michael empezó a respirar ansiosamente.

«Es él… No abriré, no abriré…».

La llamada no se repitió. El hombrecillo, más tranquilo, aunque apretando todavía el revólver, se acercó de puntillas y levantó la mirilla para ver quién era.

No podía ni imaginar que en la mirilla estuviera apoyado el cañón de un revólver.

Apenas había acercado a aquel punto el ojo derecho, cuando sonó una brutal detonación.

Y la bala le atravesó de parte a parte la cabeza.

CAPÍTULO II

LA GRAN CABALGADA

Tres hombres avanzaban por la llanura, galopando siempre en dirección oeste.

Habían dejado atrás la ciudad de Denver, capital de Colorado, y se encaminaban ahora hacia la zona fronteriza con Utah.

De esos tres hombres, dos eran más bien bajos, pero fuertes, iban armados con revólveres y rifles y montaban magníficos corceles. El tercero, más alto, fuerte y joven, no llevaba armas y montaba un viejo animal que a duras penas podía resistir el ritmo de la galopada.

Llevaba las manos libres, pero su pierna izquierda estaba sujeta por medio de una argolla al estribo del mismo costado. No podría descabalgar jamás si sus compañeros de viaje no le abrían aquella argolla con la llave que uno de ellos guardaba en uno de sus bolsillos.

Sólo por la noche le libraban de ella, pero era para atarle al tronco junto al cual dormía.

Y así venían haciendo durante jornadas y más jornadas, en una infernal galopada desde Kansas…

El que estaba a su derecha, preguntó:

—¿Buen viaje, Nick?

—¿Qué diablos quiere que le diga? ¿Que esto es como un maravilloso viaje de bodas?

—Llámalo como quieras, pero, al fin y al cabo, vas a casarte.

Nick, el joven prisionero, se encogió de hombros con indiferencia, mientras contemplaba su viejo caballo.

—Con este bicho no podré escaparme, ¿eh?
—Contesta. ¿Vas a casarte o no?
—¿Y qué remedio me queda? Vosotros ya me habéis empezado a poner las cadenas antes de tiempo.
Los dos hombres lanzaron a la vez una carcajada.
—Bueno, muchacho, a lo mejor tu esposa es una verdadera reina.
—¡Bastante me importa a mí mi esposa!
—No te preocupes. Después de la ceremonia no volveréis a veros.
—Es el único consuelo que me queda.
Los dos hombres que estaban a sus costados rieron otra vez, ahora más suavemente, y durante unos minutos siguieron galopando sin dirigirse de nuevo la palabra.
Ambos llevaban sobre sus chalecos estrellas plateadas que les acreditaban como comisarios al servicio de la ley. En sus revólveres había numerosas muescas, pero todas habían sido marcadas después de exterminar a forajidos, asesinos y a hombres que no merecían vivir. Jamás las armas de aquellos dos agentes estuvieron al servicio de una injusticia.
Uno se llamaba Ned y el otro Milton.
Durante largos días de galopada y, sobre todo, durante las noches, cuando montaban el pequeño campamento, habían llegado a simpatizar con el prisionero, pero, no obstante, le hubiesen descerrajados una bala entre los ojos si éste hubiera hecho un solo movimiento de huida.
Porque el hombre a quien llevaban en dirección a la frontera de Utah era un condenado a muerte.

* * *

Ned pareció oler el aire quieto de la llanura y dijo a su compañero:
—Esto se está poniendo demasiado tranquilo. Va a haber tormenta dentro de un par de horas.
—Y está anocheciendo ya. ¿Qué te parece si empezamos a preparar el campamento?
—Por una vez en tu vida has pensado bien, Milton. En aquel montículo puede que hallemos alguna cueva para resguardarnos.

—Pero eso está apenas a una hora de la población, si no recuerdo mal. ¿Por qué no llegamos ya a nuestro destino y terminamos el viaje de una vez? Me estoy dando cuenta de que sería lo mejor.

—Bueno, quizá…

—Si quieren un consejo —opinó Nick, el condenado—, yo me quedaría aquí. Las distancias engañan en la llanura.

—Bien montaremos el campamento. Pero recuerda que ésta es tu última noche con nosotros, muchacho, y que si piensas aprovechar alguna oportunidad, estás listo. Para dormir no te ataré al tronco de un árbol, sino a uno de mis tobillos.

—Me parece muy natural.

Detuvieron sus fatigadas monturas junto a una colina bajo la cual corría un riachuelo. No había allí ninguna cueva, pero sí unas hendiduras que podían proporcionarles refugio durante la noche. Milton liberó a Nick de la argolla mientras Ned le apuntaba con su revólver. Luego le sujetó ésta a un delgado tronco y fue al riachuelo para traerle una cantimplora con la que pudiera beber y lavarse.

—Gracias —dijo Nick.

—De nada, muchacho.

—No puedo quejarme de vosotros. Para ser un maldito condenado me habéis tratado bien.

—Tú también te has portado decentemente, qué diablos. Ni un solo disgusto en tantos días y tantas noches. Bueno, ¿qué es lo que se te antoja hoy para cenar?

—Si no tenemos más que fréjoles y tocino, ¿por qué demonios preguntas?

—Era para conocer tu opinión, hombre. Y ya ves: hoy, para variar, haremos tocino y fréjoles.

—Yo mismo los freiré mientras arregláis los caballos.

—Eres una alhaja, muchacho. ¡Lo que lo vamos a sentir en cuanto te cuelguen de un árbol!

—Primero tengo que casarme, ¿no?

—Eso es lo peor. Las desgracias nunca vienen solas.

Silbando alegremente, Ned trajo hierba seca y ramas y encendió con ello una pequeña hoguera que estuviese al alcance del prisionero. Éste, como hacía todas las noches desde que salieron de Topeka, preparó la sartén, frío el tocino y luego los fréjoles, hasta

que éstos despidieron un apetitoso aroma. Ned y Milton, que entretanto habían arreglado los caballos, vinieron poco a poco hacia él.

—Ya empezaba a tener apetito —dijo Milton—. Bueno, muchacho, reparte tú mismo.

Nick hizo tres raciones iguales con el contenido de la sartén, y los tres hombres empezaron a comer en silencio.

De vez en cuando bebían un pequeño sorbo del vino que Ned llevaba en su cantimplora.

—Lo siento —dijo de repente Milton, mirando a Nick.

—¿Qué es lo que sientes?

—Que estés condenado a muerte, hombre. No acabo de entenderlo en un tipo como tú.

—Pues según el veredicto del jurado, lo estoy por asesinato en primer grado, de modo que puedes empezar a mirarme con otra cara.

—¿Cómo puedes ser tú un asesino?

—Nick Farwell siempre tuvo fama de ser un endemoniado pistolero —intervino Ned.

—Pero ser un pistolero no es lo mismo que ser un asesino.

Nick, para cambiar de conversación, musitó:

—Ese riachuelo de ahí abajo debe ser afluente del río Blanco, ¿no?

—Sí, y el río Blanco pasa por Rangely, adonde nos dirigimos ahora. Pero no sé qué interés puedes tener en cambiar de conversación. ¿Por qué no nos explicas a causa de qué te condenaron?

—Maté a uno de los hombres más importantes de Denver. Se llamaba Steve Rango. ¿No lo habían oído nombrar? Su palabra era la ley de Colorado, hace menos de dos años. Por un simple capricho, para apoderarse de unas tierras, hizo que sus pistoleros asesinaran a toda mi familia. Entonces llegué yo de Texas y empecé a liquidar a todos sus pistoleros.

—Me parece muy razonable —dijo Milton, mientras bebía un trago de vino.

Para Milton, toda la historia del Oeste se resumía en hombres que morían y hombres que mataban, de modo que todo aquello le parecía perfectamente natural.

—Cuando hube liquidado a todos los pistoleros, liquidé a Steve Rango —añadió tranquilamente Nick.

—¿Y cómo lo hiciste?

—En el centro mismo de la calle Mayor, ante doscientos testigos y en desafío legal. Le vacié todo el contenido de mis cilindros en la cabeza.

—Y si fue en desafío legal, ¿cómo se explica que luego te condenaran por asesinato?

—Porque el juez era hermano de Steve Rango y todos los miembros del jurado pertenecían de cerca o de lejos a su familia. Pero esta historia ya empieza a ser aburrida. Hablemos de otra cosa.

—¿Solicitaste clemencia al gobernador? —preguntó Ned.

—Yo nunca he solicitado clemencia a nadie.

—Pues entonces, no me explico cómo no estás ahorcado ya.

—Es que sucedió lo de la boda —dijo tranquilamente Nick.

—¿Qué significa todo ese cuento de la boda? A nosotros nos han mandado que te trajéramos a Rangely y que no te diéramos confianza ni para mover un dedo, pero no sabemos exactamente cuál es el objeto de este viaje. Nos han dicho que tienes que casarte, eso sí. Lo que no entendemos es desde cuándo se casan con tanta ceremonia los condenados a muerte.

Nick dejó a un lado su plato, bebió un último sorbo de vino y dijo con una sonrisa:

—No fue idea mía, sino de ella.

—¿Ella? ¿A quién te refieres?

—A Dalia Kensington.

Los dos comisarios lanzaron al mismo tiempo un bufido.

—¡Diablos! ¡Pero si Dalia Kensington también está condenada a muerte!

—Por eso precisamente, me caso con ella.

—Mira, muchacho —dijo Ned—, no acabo de entender toda esta comedia. Que dos condenados a morir en la horca se casen, me parece muy poco divertido. Pero que uno de ellos tenga que hacer un viajecito desde Kansas con este objeto, me causa tanta alegría como tener un barril de pulgas en la espalda. ¿Quieres explicarnos en qué consiste toda esta comedia?

—Muy sencillo. Dalia Kensington está condenada porque mató a un federal al intentar salvar a su novio, el pistolero Redigan. La

muchacha ha intentado salvarse por todos los procedimientos, pero hasta ahora sin resultado, al haber sido denegadas todas sus peticiones de clemencia. De todos modos, el gobernador le hizo saber privadamente que él lamentaba mucho lo sucedido, y que, aunque no podía perdonarla porque la opinión pública exigía su muerte, aprovecharía cualquier ocasión favorable para concederle el indulto. Ustedes ya conocen al gobernador Burton: es un sentimental. Entonces Dalia, que había leído en los periódicos lo de mi captura y mi condena, tuvo una idea.

—¿Cuál fue?

—Decir que ella no había sido en realidad la novia de Redigan, sino que estaba enamorada de mí y que nos conocíamos hacía bastantes años. Su último deseo era casarse conmigo… antes de que nos ahorcaran. Muy hermoso y muy conmovedor. Una novela sentimental, vaya, para hacer llorar a todas las jovencitas que viven en el Oeste Central.

—Pero tú no conocías a esa mujer.

—Claro que no.

—¿Y qué dijiste cuando te notificaron su deseo?

—Que me parecía muy bien. Si todo se iba a ir al infierno dentro de poco, ¿por qué tenía que contrariarla?

—Y el gobernador Burton solicitó permiso para que te trajéramos aquí a celebrar la boda, ¿no?

—Exacto. Dalia confía en que ese matrimonio de dos sentenciados a la última pena conmoverá a la gente y que se multiplicarán las peticiones de perdón, al menos para ella. El gobernador Burton, que no está esperando otra cosa, la indultará. Y en cuanto a mí…

Él izo un gesto como si él mismo se estuviera colocando la soga alrededor del cuello.

—Pues sí que haces un buen negocio —farfulló Ned.

—Muerto por muerto, me alegra hacerle un favor a una chica.

—Pero ¿tú no la habías visto nunca?

—¿Yo? Ahora me he enterado de que existe.

—Pues es bastante guapa. Tiene los cabellos color castaño, unos labios que están diciendo «besadme» y unas formas que… Gggg… G… —Ned lanzó al aire dos rugidos de fiera hambrienta—. Bueno, una monada. Si después de casarte con ella se te llevan en seguida

para la horca, será una doble pena, Nick.

—Mejor será que no hablemos más de esto. Bastante comedia harán los periódicos cuando me hayan ahorcado. «Historia de amor que termina al pie del patíbulo». «Un maravilloso romance de pasión»… ¡Uf! ¡Qué asco!

—Eres muy poco romántico, Nick.

—A uno le quedan pocas ganas de serlo cuando sabe que le van a colgar. De todos modos, os prometo que no lloraré cuando me pasen la soga por el cuello. ¿Puedo beber un trago más de vino, amigos?

—Sí. Y ahora prepararemos café.

Acababan de poner a calentar el agua cuando oyeron las pisadas de alguien que se aproximaba a la fogata.

Los dos comisarios apoyaron los dedos en sus culatas hasta ver aparecer al desconocido. Éste era un hombre que parecía completamente inofensivo y que iba con un borriquillo cargado de mercancías en dirección a la ciudad. Sin duda se había sentido atraído por el calorcillo de la fogata. Ned, dejando caer el revólver hasta el fondo de la pistolera, invitó:

—Siéntese si quiere, amigo.

—¡Oh, gracias! —El recién venido movió la cabeza negativamente—. No he venido para quedarme. Simplemente quería saber quiénes eran ustedes. Pero ya veo sus insignias y eso me tranquiliza.

—¿Por qué le tranquiliza? ¿Es que ha ocurrido algo en la ciudad?

—Sí, en cierto modo. Al menos han ocurrido cosas a las que no estábamos acostumbrados. Dos asesinatos.

—¡Bah! —Gruñó Ned—. ¡Dos asesinatos en una ciudad fronteriza con Utah! Lo extraño seria que no matasen a alguien.

—En efecto, pero éstos son casos muy extraños. Hace pocas noches mataron a un hombre llamado Loman en el cementerio de la ciudad, y anoche liquidaron a Michael, uno de los que habían asistido a su entierro.

—Supongo que no lo liquidaría el mismo muerto, ¿verdad?

—Cualquiera sabe…

Nick arrojó dos cucharadas de café al agua hirviendo mientras miraba al desconocido.

—Ni que viniera usted a contarnos cuentos de fantasmas, amigo. Ustedes, los de la frontera, se pasan la vida viendo alucinaciones. En Rangely se han cometido dos asesinatos y en paz. Cualquier día capturarán al culpable. No piensen más en ello.

El café ya estaba listo. Ofreció al recién llegado.

—¿Quiere?

—Gracias, huele bien. Tomaré una taza.

Lo sirvieron, y entonces se fijó el recién llegado, al inclinarse, en la argolla que sujetaba a Nick.

—¿Es que… le llevan a usted prisionero?

—Sí, se trata de Nick Farwell —dijo Milton—. Pero no tema, se está portando como un buen muchacho. ¿Qué dicen en Rangely de la ejecución de Dalia Kensington? ¿Se sabe algo nuevo?

—El gobernador va a venir a la ciudad. Pero se dice que la indultará en cuanto se case, porque es muy cruel ahorcar a una mujer en tales circunstancias.

—No es mala jugada la que se ha preparado esa mujer —rió Ned —. Oiga, ¿cómo ha dicho que se llamaba el primero de los asesinados?

—Loman.

—Loman… ¿Dónde he conocido yo a un tipo que se llamaba así? Demonios, no puedo acordarme. ¿Cómo era ese tipo? ¿Bajo, algo grueso…?

—Sí.

—Pues le he conocido en alguna parte y no puedo precisar dónde. En fin, ya me acordaré. Ahora no tiene importancia. ¿Sigue usted viaje, amigo?

Preguntó esto al ver que el desconocido, tras beber su café, se ponía en pie nuevamente.

—Sí. Queda aún mucho camino hasta la ciudad.

—Buena suerte.

—Igualmente les deseo. Nos veremos mañana.

Hizo un saludo y reemprendió su camino. Milton, con un bostezo de cansancio, cambió entonces la argolla de sitio y se la ciñó al tobillo, que quedó de este modo unido al de Nick por el aro de hierro.

—No creo que puedas escapar; muchacho. Y ahora haremos bien en dormir…

Se envolvieron en sus mantas, y minutos después, Nick Y Milton dormían, mientras Ned montaba la primera guardia.

La luna se empezó a elevar sobre el horizonte, al despejarse los nubarrones que habían amenazado tormenta.

Y de repente, Ned llamó:

—¡Milton! ¡Milton! ¡Pronto, despierta!

Milton se incorporó rápidamente, echando mano al revólver.

Pero en aquel momento, sus ojos empezaron a agrandarse, a agrandarse…, con una brutal expresión de miedo.

Capítulo III

LA CIUDAD CONDENADA

Al principio no supo bien lo que le ocurría. Más bien tuvo la sensación de que aún estaba dormido, y de que todo aquello era una pesadilla. Pero Ned se encargó de despabilarle.

—¡Mira es un entierro! ¡Pero el carro del muerto va solo!

En efecto, los dos hombres estaban contemplando la más extraña escena que nunca sus ojos vieran.

Un carromato como los que normalmente se utilizaban en el Oeste Central para el traslado de los muertos al cementerio, avanzaba poco a poco por el camino junto al cual estaba el pequeño campamento. Dos viejos caballos tiraban cansadamente de él e iban al paso como para que todos pudieran ver bien su fúnebre carga. En el carro iba un ataúd. Aquello tenía, en fin, todo el aspecto de un entierro.

Pero lo más curioso era que el carro no tenía conductor, y que no iba nadie detrás del ataúd.

Era como si de repente, por la llanura, se hubieran puesto a pasear los fantasmas.

—Oye —susurró Milton, mirando a su compañero—, ¿cuánto tiempo hace que me he dormido?

—Dos horas. Iba a pedirte justamente que me relevaras.

—¿Y de dónde ha salido eso?

—Parece como si viniera de Rangely, de la ciudad. Me he dado cuenta casi cuando lo tenía junto a las narices…, porque no hace ningún ruido. Fíjate en esos caballos. Parece como si no tocaran en el suelo.

—Lo que les ocurre es que están muy cansados, y sus cascos no tienen fuerza. Oye, muchacho, esto no es natural. Los muertos no van solos por ahí sin que nadie los conduzca. Pero debe tener una explicación, y vamos a averiguarla ahora mismo.

Introdujo una bala en la recámara de su rifle con un seco movimiento de palanca y se puso en pie.

De repente se oyó una voz a su espalda:

—Un momento, Milton; no vayan.

Los dos comisarios se volvieron. Nick le señalaba la argolla que le unía a él.

—Puedo escaparme, y, además, todo esto me parece una trampa.

—Pero ¿qué clase de trampa? Es como si se hubiera perdido un muerto, ¿no? Pues yo tengo que averiguar qué significa eso.

—No puedo decírselo, pero me parece que no es una casualidad. Algo se oculta detrás de esa aparición.

—¿Qué aparición ni qué niño muerto? ¡A lo mejor es una trampa que has preparado tú mismo para que vayamos a ver qué ocurre!

—¡Por eso mismo! No vayan.

—Pero yo no me quedo sin saber por qué los ataúdes viajan por la noche. Vuelve a sujetar la argolla al árbol, Milton, y vamos allá. Al fin y al cabo, ni siquiera hay que andar mucho. El carromato está a unas cincuenta yardas.

Milton hizo lo que su compañero le pedía, y así Nick volvió a quedar nuevamente sujeto al delgado árbol que antes había servido para mantener fija la argolla. Él tenía como un oscuro presentimiento, y aquellos dos hombres se habían portado tan bien…

Milton y Ned llegaron junto al carromato y detuvieron los caballos, que no ofrecieron la menor resistencia al mandato. Eran tan viejos que los hubiese detenido un niño. Luego, los dos comisarios se movieron en dirección al ataúd, que estaba bien cerrado y tenía todo el aspecto de contener una fúnebre carga.

—¿Lo abrimos? —preguntó Ned.

—¡Claro que sí! ¿Para qué crees, si no, que hemos hecho todo esto?

De dos tirones desataron las correas y abrieron la tapa. Dentro estaba el cuerpo de un hombre que tenía parte de la cabeza volada

por un balazo.

—¡Diablos! —susurró Milton.

El muerto debía haber sido un hombre pequeño, débil, casi insignificante. Tenía aún en las facciones una expresión de sorpresa y de horror. Debía haber muerto unas veinticuatro horas antes.

Milton repitió:

—¡Diablos!

—Yo tengo la sensación de que habíamos visto antes a este hombre —musitó Ned.

—¿Antes? ¿Dónde?

—No puedo recordar, pero lo habíamos visto.

Milton lo contempló con más atención, aunque el cadáver tenía un aspecto fantasmal a la luz de la luna, y de pronto, se dio una palmada en la frente, como si recordase.

—Sí… Ahora puedo precisar. Este tipo se llamaba Michael, y nosotros lo conocimos cuando…

No pudo terminar la frase. En aquel momento, una voz, a su espalda, saludó quedamente:

—Buenas noches, señores.

Los dos se volvieron a la vez, llevando las manos a sus armas. Pero al ver al desconocido comprendieron que ya era demasiado tarde.

El que había aparecido tras ellos, montando un corcel negro, llevaba dos revólveres en sus manos. Tras él aparecían cuatro hombres con los rifles ya preparados.

El verlos de repente allí causó a los comisarios tal sorpresa que en el primer momento no pudieron ni tan siquiera reaccionar. ¿Cómo era posible qué cuatro jinetes armados se hubiesen acercado hasta unos pasos de ellos sin hacer el más mínimo ruido? Cierto que debían haber aprovechado el lecho arenoso del río para que no se oyeran los cascos de los caballos, pero aún, así…

También se explicaba que Nick no los hubiera visto desde el lugar donde estaba inmovilizado porque acababan de surgir de un declive del terreno que los había hecho prácticamente invisibles hasta aquel momento.

Milton susurró:

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

El tipo que estaba ante ellos era alto y bastante corpulento. No

se podía adivinar su edad porque llevaba el rostro completamente cubierto con un pañuelo, y sus ojos los ocultaba la oscuridad de la noche. Una aureola casi mágica y fantasmal parecía rodearle.

—¿Quién es usted? —repitió Milton.

—¿Y vosotros?

—Comisarios Milton y Ned, pertenecientes a la plantilla de Topeka en misión de servicio.

—¿Qué hacen aquí?

Aquel tipo de negro tenía una voz chirriante, metálica, que sin duda desfiguraba a propósito.

—Estamos conduciendo a un hombre llamado Nick Farwell para que sea ejecutado en Rangely después de contraer matrimonio con Dalia Kensington. ¿Satisfecho con la explicación?

—Aún no. ¿Por qué han detenido ese carromato?

—Nos ha llamado la atención y queríamos saber qué se ocultaba tras todo esto.

El vestido de negro lanzó una carcajada chirriante y lejana.

—¿No han pensado que nosotros podíamos ser el acompañamiento de este entierro?

—La verdad, no —reconoció Ned—. Y no lo creeremos, aunque nos lo diga.

—¿Conocían a ese hombre?

—Sí, naturalmente.

—Creo recordar que se llamaba Michael —dijo Ned—. Y que lo habíamos conocido en… en…

De repente, el hombre vestido de negro ordenó brutalmente:

—¡Colgadlos!

La orden fue tan repentina y tajante, que los dos comisarios, aunque eran hombres experimentados, se estremecieron sin saber reaccionar. Ni aun en los peores lugares del Oeste se ahorcaba a dos hombres así, sin darles la menor oportunidad, sin oírles tan siquiera. Milton reaccionó al fin y fue a sacar su revólver derecho, pero en ese momento uno de los «Colt» del hombre vestido de negro disparó y la bala le partió el húmero del brazo del mismo lado. Ned, quien quiso ayudarle, recibió otro balazo exactamente en el mismo sitio. El hombre que tenía enfrente tiraba con serenidad glacial y daba muestras de una soberbia puntería. Ni una fracción de pulgada salieron desviados sus proyectiles.

Los dos comisarios, con un gesto instintivo y muy natural, se llevaron la mano izquierda a sus brazos derechos heridos, y eso terminó de perderlos.

Al olvidar sus revólveres de la funda izquierda, dieron oportunidad a los cuatro hombres que había detrás del de negro para que se pusieran en movimiento. Apenas unos segundos después, Milton y Ned eran arrastrados por el suelo en dirección a dos grandes árboles que crecían junto al lecho mismo del riachuelo.

Nick Farwell, inmovilizado a unas yardas de allí, tenía que asistir impotente a aquel macabro espectáculo.

Sus dientes entrechocaban y se hizo sangre en los labios al mordérselos frenéticamente.

Tuvo la sensación de que, a través de la distancia, Milton y Ned le miraban a él, de que le pedían venganza.

Los dos hombres fueron brutalmente arrastrados hacia los árboles, y a pesar de que se defendieron con los dientes y las espuelas, no pudieron oponer una seria resistencia después de recibir aquellos balazos. Unas sogas que ya estaban preparadas en las sillas de los caballos de sus enemigos, les fueron ceñidas en torno al cuello.

Milton lanzó una imprecación.

—¡Huye, Nick! —gritó—. ¡Huye, muchacho!

Su voz quedó ahogada por un estertor. La cuerda había sido pasada ya sobre una rama y los asesinos estaban tirando de ella. Dirigió una última mirada a su amigo Ned, que se balanceaba ya trágicamente en el aire. Creyó oír que el vestido de negro lanzaba una macabra carcajada. Luego sintió como un horrible estallido en el cráneo y el silencio más siniestro y absoluto se hizo en torno a él.

Ambos cuerpos quedaron colgando en los árboles como dos macabros trofeos.

El que iba vestido de negro ordenó:

—Sujetad las cuerdas y que queden sujetos así.

—¿Qué hacemos con el cuerpo de Michael?

—¡Bah! No ha sido nada difícil sacarlo del cementerio en ese viejo carromato y hacer que llegara hasta aquí. Deja que los caballos lo sigan transportando hasta donde les dé la gana.

Alzó entonces la cabeza, pareció otear el aire y dijo:

—Allí queda un hombre.

Nick Farwell sintió clavados en él, a través de la distancia, los ojos de aquella fiera.

Y había llegado el momento. A él iban a liquidarlo también. ¿Qué importaba más tarde o más temprano?

Sólo lamentaba dos cosas: que no podría vengar a los dos comisarios y que Dalia Kensington no lograría ya conmover a la opinión pública ni obtener el perdón casándose con un condenado a muerte.

—George, liquídale —ordenó el hombre vestido de negro.

George, que era el más bajo, grueso y corpulento de los asesinos, se dirigió hacia Nick al trote de su corcel. Los otros dieron media vuelta y galoparon en dirección a Rangely, la ciudad sobre la que parecía pesar una macabra amenaza.

Nick, que conservaba las manos libres, intentó con todas sus fuerzas librarse de la argolla. Pero era inútil. Estaba perfectamente construida para que no se abriera sin llave. ¡Y la llave estaba en poder de uno de los dos hombres ahorcados junto al riachuelo!

George desmontó calmosamente, sacó un cuchillo y se acercó poco a poco a Nick.

Por lo visto le fastidiaba acabar de un tiro con una víctima tan fácil. Quería hacer un buen «trabajo» Nick, con los ojos llameantes de ira, esperó el ataque. No tenía ningún arma, no tenía más que unos músculos que ni siquiera podía mover. Vio el cuchillo brillar a la luz de la luna. Con voz lenta y suave, dijo a George, el asesino:

—Soy Nick Farwell, el pistolero. Aprovecha bien el golpe porque no siempre se tiene ocasión de matar a un hombre como yo.

George pareció disfrutar por anticipado aquel placer.

—Nick Farwell… —susurró.

Fue a abalanzarse sobre él con el cuchillo levantado, y en ese momento, Nick le lanzó a los ojos un puñado de tierra.

George rugió mientras clavaba a ciegas el cuchillo en el suelo. Nick se había contorsionado tan velozmente, que su enemigo ya no lo encontró donde esperaba. Volvió a clavar el cuchillo otra vez, a ciegas, y eso fue su perdición.

Estaba junto a Nick, quien sólo tuvo que golpearle en la muñeca para hacerle soltar el arma.

—Tienes que aprender mucho aún —susurró—. Y lamento que no te quede tiempo.

Le puso una rodilla sobre el estómago, haciéndole lanzar un estertor, y empezó a estrangularle.

Como las manos de George intentaban detener el avance de las suyas, el asesino no pensó ni tan siquiera en emplear sus revólveres. Nick no perdió demasiado tiempo con él. Sabía lo que hay que hacer con un hombre para que muera estrangulado en un instante. Movió los pulgares de una forma rápida e implacable y George murió sin tener tiempo para lanzar más que un solo alarido.

Nick, entonces, le despojó de uno de sus revólveres y apuntó cuidadosamente al eslabón que unía las dos argollas.

Al primer balazo lo hizo saltar. Se puso en pie y respiró a pleno pulmón. Era la primera vez que estaba libre en mucho tiempo. Y su libertad se hallaba ahora marcada por un designio de muerte.

Despojó de sus cintos al enemigo muerto, introdujo los revólveres en las fundas, se sacudió las manos y emprendió el camino hacia Rangely, la ciudad condenada, montado sobre el caballo de Milton.

CAPÍTULO IV

EL LOBO EN LA MADRIGUERA

Dos pensamientos opuestos lucharon en la mente de Nick Farwell a partir de aquel momento.

Por una parte, y ya que se veía libre gracias a aquella serie de inesperadas circunstancias, lo que le interesaba era huir cuanto antes de aquella zona y perderse en las inmensidades del Oeste.

Por otra parte, si él no se presentaba en Rangely y no contraía matrimonio con Dalia Kensington, aquella mujer a la que no había visto jamás, ella sería ahorcada sin remedio alguno.

¡Y también necesitaba vengar a Ned y a Milton! ¡Necesitaba que los hombres que los ahorcaron murieran ahogados en su propia sangre!

Fueron estas dos últimas razones —salvar a una mujer y castigar a unos asesinos—, las que empujaron a Nick a dirigirse a Rangely en lugar de escapar y hacer que su rastro se perdiera para siempre.

Llegó a Rangely justamente a medianoche, montando el caballo de Milton. Durante los días que duró su viaje desde Kansas, él y sus guardianes habían hecho la misma vida que las gallinas, levantándose apenas amanecía y montando el campamento a las primeras horas del anochecer.

Eso hacía que hubiese habido tiempo para que sucedieran tantas cosas desde que se envolvieron en sus mantas, siendo sólo medianoche cuando Nick llegó a la ciudad.

Ésta, situada a caballo sobre la frontera de Utah, era lugar de paso para las caravanas y para las legiones de pistoleros que las seguían en espera de su oportunidad.

También era un lugar ideal para refugio de los forajidos que habían cometido delitos no federales y que, por consiguiente, podían ponerse a salvo pasando de un estado a otro. Y para las gentes de toda calaña que iban a buscar fortuna con sus revólveres más allá del Oeste Central.

Nick pensaba pasar inadvertido mientras pudiera, y así tener tiempo para trazarse un plan de acción.

Al principio todo fue bien.

Al paso de su caballo, fue cruzando por delante de los principales saloons y garitos de la ciudad. Observó que allí casi todos los locales eran elegantes, lo cual indicaba que el dinero corría en abundancia. Pero los tipos que frecuentaban aquellos locales eran de lo más patibulario que Nick había visto en su vida, lo cual indicaba también que su dinero no procedía precisamente de un empleo honrado.

Nick sólo tenía unos pocos dólares, fruto de su trabajo en la prisión. Le habían permitido llevarlos por si en Rangely tenía que hacer algún regalo a la «novia». Y ahora buscaba con la mirada un hotel donde pudiera dormir con poco desembolso. Como todos los precios eran allí exorbitantes, recorrió buscándolo la ciudad entera.

Durante su camino tuvo ocasión de presenciar tres o cuatro peleas sangrientas, una de ellas a cuchillo, pero se abstuvo cuidadosamente de intervenir porque no quería ser reconocido.

No obstante, cuando pasaba frente a uno de los saloons más concurridos de la ciudad, tuvo que detener el paso de su caballo.

Allí también tenía lugar una pelea.

Pero ésta era especial. Cuatro hombres estaban acometiendo a un muchacho porque éste había intentado defender a una mujer.

Esta mujer era joven y endiabladamente bonita, Pero Nick apenas se fijó en ella. Le interesaba más el que la había defendido, un muchacho de unos diecisiete años, a quien los cuatro granujas estaban dando una formidable paliza.

El joven iba tambaleándose de los puños de un adversario a los puños de otro, con el rostro lleno de sangre y doblándose de dolor a cada nuevo segundo. La muchacha gritaba:

—¡Dejadle! ¡Haré lo que queráis! ¡Dios mío, dejadle!

—Nos ha ofendido, pequeña —rió uno—. Y como somos hombres de honor, no podemos dejar sin lavar esa ofensa. ¿No ves

cómo estamos recuperando nuestro honor? ¡Así! ¡Y así! ¡Y así!

Y con cada exclamación golpeaban salvajemente el rostro del muchacho, que no había caído aún porque lo sostenían los otros tres granujas.

Otro de ellos aseguró:

—No te preocupes, nena. Igualmente harás lo que nosotros queramos en cuanto hayamos terminado con éste.

Nick Farwell apretó un poco los puños y se mordió el labio inferior, mientras descendía del caballo.

Bueno, ya se habían puesto feas las cosas para él. Dentro de cinco minutos, todo Rangely sabría que un condenado a muerte andaba suelto por sus calles.

Pero no podía dejar que cuatro desalmados como aquéllos consiguieran su propósito.

Avanzaba en dirección al grupo cuando de pronto algo ocurrió.

Hasta aquel momento, los cuatro tipos habían empleado sólo sus puños. Pero de repente, uno de ellos pareció cansarse de aquel juego y decidió terminarlo.

Un cuchillo «Bowie» brilló en su mano derecha.

Nick hizo instintivamente el gesto de sacar, pero ya no llegó a tiempo, puesto que no esperaba aquel salvaje crimen.

El del cuchillo gritó:

—¡Ahí va, muchachos!

Y trazó un corte brutal junto al corazón del muchacho, haciendo zigzag con la hoja para arrancárselo de golpe.

Nick conocía aquel tajo brutal por haberlo visto practicar en algunos campamentos mineros de Nevada y California. El corazón de la víctima parecía salir solo, como si le empujasen desde dentro. Rechinaron los dientes de Nick y miró a los cuatro hombres.

Los miró como si ya fuesen cuatro muertos.

Caído el muchacho, se aproximaban ahora a la mujer. Sus ojos brillaban en la noche como las brasas de una hoguera. Parecían hienas dispuestas a saltar sobre su presa.

Y entonces, Nick preguntó:

—¿Quién es el primero?

Los cuatro se volvieron en redondo, y la muchacha clavó en él unos ojos asombrados, muy abiertos, a causa de la sorpresa y el horror.

—¿Qué significa eso del primero? —preguntó el de la cuchillada.

—Uno de vosotros tiene que ir antes al otro mundo a fin de buscar un buen sitio para los demás, ¿no es cierto?

—Pero… es que… ¿es que quieren matarnos?

Veían ante sí a un hombre solo, en actitud que parecía descuidada, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, y una sonrisa amable en los labios. ¿Qué pretendía aquel tipo? ¿Bromear antes de invitarles a una copa?

Y de repente, los cuatro, como un solo hombre, se echaron a reír. Sus carcajadas brutales parecieron ensordecer la calle.

—Pero ¿qué quieres tú, imbécil? ¿Es que ya has vivido bastante? No nos dirás que hablas en serio… ¿Eh, pequeño?

—Yo sólo me pongo a bromear después del cuarto o quinto cadáver —dijo Nick—. Antes de eso, hablo completamente en serio.

Las carcajadas cesaron de repente, y se hizo en la calle un silencio sepulcral.

La muchacha, que estaba arrinconada contra una de las paredes, musitó, con lágrimas en los ojos:

—Por favor, márchese. No haga qué le maten también. Toda mi vida estará amargada ya por el recuerdo de ese pobre muchacho que yace a mis pies. Márchese.

—Es que no sé qué hacer esta noche —murmuró Nick, encogiéndose de hombros.

—Pero ¿está loco?

De pronto uno de los asesinos gritó:

—¡Ese imbécil también se ha enamorado de ti, nena! ¡Pero no te preocupes! ¡Te voy a ofrecer su corazón en una bandeja!

Nick vio brillar en su mano el mismo cuchillo «Bowie» que había segado ya una vida.

—Pero, muñeco mío, ¿por qué tanta prisa? —sonrió—. ¿No te has dado cuenta de que eres el plato fuerte de la reunión? ¿Cómo me divertiría yo si te matase en seguida? Tú quedas para lo último, nene.

El del cuchillo quedó tan asombrado ante aquellas palabras, que no supo reaccionar. Su boca se abrió como si estuviera viendo un fantasma, mientras sus ojos se dilataban al mirar más y más al joven.

—Oíd, este tipo es alguien —musitó, al cabo de unos segundos —. Ya tenía yo la sensación de haberle visto antes cuando se nos ha puesto ante las narices. ¡Su rostro ha figurado durante mucho tiempo en los pasquines! ¡Se trata de Nick Farwell!

Un minuto antes no iba a haber piedad, pero ahora muchísimo menos. Los cuatro asesinos querrían ganar fama eliminando de la vista de los vivos a un pistolero tan temible como Nick Farwell. Excepto el del cuchillo, los otros tres sacaron a la vez.

—¡Esto te enseñará…!

Fue lo último que dijeron en su vida.

Nick, pese a llevar unos revólveres y unas fundas que no conocía, se movió con esa fantástica rapidez que sólo daba el odio o la desesperación cuando llegan a sus últimos extremos. Disparó a través de las fundas, y de los dos revólveres brotaron llamaradas a la vez. Primero un pistolero, luego otro, luego el tercero, cayeron con las frentes atravesadas sin haber llegado a hacer un solo disparo.

En sus ojos tuvo tiempo de leerse una expresión de asombro y de horror.

Nick dejó que otra vez los revólveres reposaran por completo en sus fundas.

Frente a él quedaba todavía un enemigo vivo, un hombre con la boca babeante de miedo y que llevaba aún en la mano derecha un descomunal «Bowie» tinto en sangre.

—Ya te he dicho que tú quedabas para el final —dijo Nick, sin inmutarse—. Bueno, muchachos, ¿no hay quien tenga por ahí un cuchillo?

Se dirigía al tropel de individuos que habían salido del saloon atraídos por los disparos y por el unánime grito de agonía de los muertos.

—Yo tengo uno, compañero.

Le lanzaron un «Bowie» a través del aire, y Nick lo sujetó en el momento en que su enemigo se lanzaba a la carga.

Dando un salto hacia atrás, Nick escapó de la primera cuchillada. En seguida, adelantando una pierna, simuló que iba a atacar por un lado y atacó en realidad por otro. El asesino vio abierta su camisa por todo el costado izquierdo mientras una línea sangrienta le recorría de arriba abajo el tronco.

Nick no quiso hacer más honda la cuchillada para no exponerse a perder el equilibrio. Saltó inmediatamente hacia atrás.

Loco de dolor, el asesino avanzó rasgando el aire con su cuchillo. Como sus brazos eran gigantescos, cada movimiento sembraba de muerte una extensa zona de la que Nick tenía que salir si no quería morir degollado. Pero su agilidad era mucha, y las peleas a cuchillo en que había intervenido pasaban de cincuenta. El granuja se hartó de rasgar inútilmente el aire, mientras Nick, con la frialdad del joyero que se apresta a engarzar una piedra preciosa, buscaba el sitio exacto para la cuchillada mortal.

En uno de los frenéticos movimientos de su enemigo, esperó a que tuviera el brazo derecho alzado; entonces se lanzó de repente y le propinó con la izquierda un golpe en el costado. El movimiento reflejo de bajar los brazos para cubrirse, resultó fatal al asesino. Nick le asestó tres cuchilladas, dos en el vientre y una en el corazón, las tres mortales, sin remedio.

Luego lanzó secamente el cuchillo para clavarlo en tierra.

—Espero que todos los asesinos de la ciudad terminarán así —dijo.

E iba ya a alejarse, deseando no llamar más la atención, cuando de pronto pareció recordar que todo aquello había sucedido por causa de una muchacha que aún podía estar expuesta a nuevos peligros.

Ella, junto a la pared del edificio, lo contemplaba todo aún con ojos dilatados por el miedo.

—Vamos —dijo Nick, sin mirarla apenas.

—¿Ir, adonde?

—A su casa. Supongo que tendrá usted casa en la población, ¿no?

—Claro que la tengo.

Nick la tomó muy suavemente de un brazo y la obligó a salir del porche, alejándola del grupo de curiosos. Aunque la muchacha iba muy bien vestida y sin maquillaje, no le cabía ninguna duda a Nick acerca de la clase de vida a que, por desgracia, se dedicaba.

—La acompañaré hasta allí —dijo Nick—. Y óigame: si quiere aceptar el consejo de un hombre que conoce bien el Oeste, dedíquese a otra cosa. Estas ciudades son endiabladamente peligrosas para una muchacha de su edad. Cásese con cualquier

hombre bueno, pues también abundan por estas tierras, edifiquen un rancho y tengan muchos hijos. La verdad es que siempre me ha dado lástima ver chicas como usted bailando en los saloons, o incitando a los hombres a beber, o sirviendo como «gancho» en los garitos.

Los ojos de la muchacha brillaban de indignación, pero él no lo notó porque ni siquiera quería mirarla.

Ella era demasiado bonita, y él no quería más jaleos en la ciudad. Porque indudablemente las mujeres son siempre causa de los peores conflictos en que puede verse envuelto un hombre.

—¿Me ha escuchado? —preguntó, al fin—. Yo no soy quién para dar consejos, ya lo sé, pero conozco estos lugares. Si tiene algunos ahorros, inviértalos en viajar hasta cualquier ciudad donde no la conozcan, y cásese.

—Tengo ahorros —dijo ella, secamente.

—Mejor.

—Cerca de cien mil dólares.

Nick la miró y tuvo que parpadear dos veces. Jamás hubiera imaginado que una muchacha tan joven pudiera tener tanto. Claro que aquellos vestidos tan distinguidos, aquel porte tan majestuoso, aquella sensación de grandeza que ella daba, a pesar de todo…

—¿Cien mil dólares? —susurró.

—Eso sin contar las joyas.

—Pero, entonces… En nombre de todos los diablos, ¿quién es usted? ¿De dónde ha salido?

La muchacha le miró y sonrió finalmente antes de contestar:

—Soy la hija del juez Carlson, quien le está esperando a usted para casarle y hacer ejecutar luego la sentencia de muerte.

CAPÍTULO V

EL MUERTO QUE ANDABA

Nick volvió la cabeza del todo para mirarla fijamente.

—¿La hija del juez Carlson? —susurró.

—Su hijastra, más exactamente. Me adoptó hace unos años, a la muerte de mis padres. Pero ¿qué le importa eso a usted ahora?

—No me importa, claro —reconoció él—. Pero debo decirle que me ha causado una violenta sorpresa lo ocurrido. Nunca hubiera podido imaginar que persona tan allegada al juez…, fuese a estas horas por los saloons de Rangely.

—No pensará usted que iba a divertirme, ¿verdad? —murmuró ella, con cierto desdén—. Buscaba al médico porque mi padrastro se encuentra mal esta noche. El médico tiene su casa junto al saloon donde ha sucedido todo, ¿comprende? Desgraciadamente, mi viaje y la muerte de ese pobre muchacho no han servido de nada, porque el médico no estaba allí.

—Habla usted con una enorme tranquilidad —dijo Nick.

—¿Y por qué no?

—Parece haber olvidado que soy un pistolero reclamado por la ley, y que puedo utilizarla como rehén con tal de salir de la ciudad.

—Si pensara hacerlo no me hubiese defendido hace un momento.

—Puedo haber cambiado de opinión. ¿Dónde vive usted? —preguntó, variando el tono de sus palabras.

—En esa casa blanca. Pero he de notificarle, por si no lo sabe, que la cárcel está solo a unas yardas de distancia de ahí.

—No importa —dijo Nick—. De haber pensado huir ya lo habría

hecho. Pero si escapo, es seguro que ahorcarán a esa mujer, a Dalia Kensington. Y no me gusta que con las mujeres se hagan esas imbecilidades.

—Supongo que si va a morir ahorcada es porque lo habrá merecido —dijo la muchacha, sin demasiada convicción.

—¿Firmaría usted la sentencia?

—Claro que no, pero eso no impide que esa mujer, Dalia Kensington, pueda merecer la muerte.

—¿La conoce usted?

—No la he visto en mi vida. Y jamás pregunto al juez cosas relacionadas con su profesión, sobre todo si hay una pena capital de por medio. No sé si Dalia es joven o vieja, guapa o fea.

Hubo un momento de silencio entre los dos mientras se acercaban a la casa. De pronto, ella dijo:

—Es usted un tipo la mar de extraño, señor Farwell. ¿Va a entregarse sólo porque así es posible que salve a esa mujer?

—Lo he prometido.

—¿Y entrará en la casa? ¿Sabe que el juez tiene obligación de no dejarle salir de ella si no es camino de la cárcel?

—Lo sé.

—Y si no piensa escapar, ¿por qué ha asesinado a los hombres que habían de custodiarlo hasta aquí? —preguntó, brutalmente, la muchacha, mientras su expresión variaba por completo.

Nick la miró con fijeza otra vez. Ella había estado desconfiando hasta entonces, aunque no lo demostrara. Había estado temiendo que de un momento a otro le volase la tapa de los sesos. A pesar de la aparente calma de sus palabras, lo consideraba un asesino sin conciencia y siempre le consideraría así.

No supo bien por qué, pero a Nick le dolió aquello, y jamás como hasta aquel momento tuvo tan amarga conciencia de lo que significaba ser un hombre reclamado por la ley.

—Yo no he matado a los dos comi… —empezó a decir.

Pero no tuvo tiempo de acabar la frase.

En aquel momento, el cañón de un «Colt» se clavó en su espalda.

—Alza las manitas, amigo.

Nick no se volvió. Por la expresión tranquila de la muchacha, había adivinado que el que estaba a su espalda no era otro forajido, sino, probablemente, el *sheriff* de la ciudad.

Alzó las manos.

—Ahora adelanta un paso.

Lo hizo, y se colocó así a la distancia ideal que el amenazante necesitaba para arrancarle de dos tirones los revólveres que llevaba en sus fundas. Luego ordenó:

—Vuélvete.

Nick lo hizo y vio frente a él a un hombre de unos cuarenta años, vestido normalmente, pero con un chaleco de piel sobre el cual rebrillaba una estrella.

—Soy el *sheriff* Wagram —dijo el hombre, mientras elevaba un poco el cañón de su «Colt»—. Supongo que le divertirá a usted mucho conocerme, ¿no es así?

Nick dejó que en sus labios se dibujase una sonrisa cuadrada.

—¿Cómo ha dado tan pronto conmigo?

—¡Oh, no ha sido difícil! Venía con mis hombres de terminar una patrulla cuando hemos encontrado junto al riachuelo Snayers, muy cerca del White River, a dos hombres ahorcados. Se daba la triste casualidad de que esos hombres eran Ned y Milton, los dos comisarios que debían traerle hasta aquí.

—¿Y cree que los he ahorcado yo?

—¿Qué otra conclusión puede sacarse de todo esto, amigo?

—¿No han encontrado ningún otro cadáver más?

—Sí, el de un tipo a quien habían estrangulado. A juzgar por la cara que tenía, debió divertirse poco.

—¿No conocían a ese individuo?

—Jamás lo habíamos visto por aquí.

—¿Y no pueden suponer que ese tipo, junto con otros, ahorcara a los comisarios?

El *sheriff*, que hasta entonces había observado una actitud más bien cordial, se puso serio repentinamente.

—Mire, amigo, podemos suponer muchas cosas, pero si dos comisarios transportan a un asesino, y luego aparecen ahorcados esos dos comisarios, y el asesino libre y con dos revólveres, ¿qué pensaría usted?

Nick se mordió el labio inferior hasta hacerse sangre sin darse cuenta. Miró al *sheriff* apretando los puños.

—Supongo que habrán encontrado muchas huellas de caballos por allí. Pasó una verdadera tropa. Y pasó también un lúgubre

carromato transportando un ataúd dentro del cual estaba el cuerpo de un hombre llamado Michael.

—Pero ¿qué dice?

—Digo lo que he visto con mis propios ojos.

—Me está usted hartando, amigo —gruñó el *sheriff* al fin—. Mayor sarta de mentiras y absurdos no la había oído en toda mi existencia.

—Pero ¿ha visto o no las huellas de los caballos?

—No nos fijamos, la verdad, después de ver a los muertos.

—Pues destaque a un par de hombres para que lo comprueben inmediatamente.

—Lo harán mañana, a la luz del día.

—¡Mañana, esas huellas estarán borradas! ¡Diariamente, pasan docenas de jinetes por allí!

—¡Ésa es precisamente la razón por la que no voy a darme la menor prisa! —gritó también el *sheriff*—. ¡Tiene usted como argumento el hecho de que existan unas huellas en una zona de terreno por donde cabalga media ciudad de Rangely! ¿Qué fuerza tiene eso? ¡Ninguna! Mañana, mis hombres darán una batida por si encuentran algo interesante, pero nada más.

El puño derecho de Nick salió disparado con una velocidad y una precisión tales, que, hasta el *sheriff*, hombre experimentado en aquellas situaciones, se dejó sorprender. Fulminado por el terrible impacto en su mandíbula, cayó hacia atrás y soltó el revólver.

Nick pudo en aquel momento apoderarse del arma y convertirse en dueño de la situación, pero no lo hizo. Había venido allí para salvar a una mujer y para vengar a los comisarios Ned y Milton. Matando ahora al *sheriff* no conseguiría nada.

Dejó que el representante de la ley se levantara poco a poco y recuperara su «Colt». En los ojos del *sheriff* se marcó primero la ira y luego la sorpresa al ver que el peligroso pistolero no hacía nada contra él. Por fin volvió a adoptar aquella expresión serena que parecía ser habitual en él, y dijo a Nick:

—Hágase cargo de que la prueba que me propone no significa nada. Si los caballos a que se refiere estaban herrados, en la comarca será casi imposible distinguir sus huellas de las que hemos dejado nosotros mismos. Me dirá usted que por la dirección podemos adivinar siguiendo probablemente el riachuelo, y, por lo

tanto, sin dejar huellas. ¿Es cierto o no?

—Es cierto —reconoció Nick—. Como aquel tipo al que encontraron muerto iba a eliminarme antes de que lo estrangulase, no me fijé demasiado en los otros, pero seguramente huyeron por el riachuelo. No obstante, queda lo de ese individuo llamado Michael. Yo mismo vi el ataúd con su cadáver.

—Ése es un argumento con más fuerza —reconoció el *sheriff*—. Iremos al cementerio a comprobarlo.

Nick se encogió de hombros al fin. Momentáneamente le había indignado que le imputaran aquel doble crimen, y por eso disparó su puño contra el *sheriff*; pero en realidad, ¿qué más daba? Igual le iban a ahorcar por lo ocurrido en Denver.

—Por mí puede dejarlo, *sheriff*. Supongo que la pena que piensan aplicarme no variará por eso.

—Está usted condenado a muerte en virtud de sentencia firme, pero mi obligación es averiguar todo lo que se relacione con la muerte de Ned y Milton. Iremos al cementerio.

La muchacha, que había asistido impasible y silenciosa a aquella conversación, dijo entonces:

—Ignoro si esto ha de favorecer a Nick Farwell, pero deseo hacer constar que hace unos minutos me ha librado de ser ultrajada, y quizá de morir, a manos de unos pistoleros.

—Lo sé. He venido precisamente a esta parte de la ciudad atraído por el bullicio y el tiroteo. Haré constar en el informe la actuación de este hombre, pero ahora hay cosas más importantes a que atender. Hemos de averiguar si el cadáver de Michael se ha ido a pasear por ahí, saliendo del cementerio.

En ese momento, una voz muy cerca de ellos preguntó:

—¿Qué dice del cementerio, *sheriff*?

Los tres desviaron la mirada en el mismo instante hacia la puerta de la casa donde antes había dicho la muchacha que vivía con el juez Carlson. Junto a las blancas y hermosas columnas de esa casa, estaba un hombre vestido con ropas oscuras que resaltaban más aún la palidez de su rostro. El *sheriff*, al verle, se llevó la mano izquierda al ala del sombrero.

—Buenas noches, juez. Estábamos hablando del cementerio porque vamos a ir allí. Este hombre asegura que ha visto pasear por los campos el cadáver de Michael.

—¿Y quién es este hombre?

—Se llama Nick Farwell.

—¿El pistolero? Pero ¿qué hace aquí? ¿Y dónde están los dos agentes que lo custodiaban?

—Ése es un asunto largo de contar, juez. Le haré un informe completo apenas haya practicado todas las diligencias. Pero puedo anticiparle que los dos comisarios están muertos.

—No es posible. Creo que se trataba de dos hombres experimentados y dignos de confianza.

—¿Conocía usted sus nombres, juez?

—No, pero doy por descontado que debía ser así.

—En efecto, tienes razón —afirmó pensativamente el *sheriff*—. Dos hombres de lo mejorcito que había en los penales de Kansas. Porque este hombre, Nick Farwell, después de haber cometido en Colorado un delito federal, fue enviado a Kansas a cumplir condena, por ser allí más seguros los presidios, hasta que ocurrió lo de su presunta boda con Dalia Kensington. Pero vamos a dejar eso. Ned y Milton —así se llamaban los comisarios—, están muertos, y este hombre es el sospechoso número uno. Tiene una serie de coartadas, a lo que parece, pero hemos de averiguar si al menos una de ellas es cierta.

—¿Por eso van al cementerio?

—Así es.

—Les acompaño.

—No puedes ir —dijo la muchacha—. Has estado enfermo durante toda la tarde, y ahora…

—Ahora me encuentro mejor —dijo el juez—. Puedo ir perfectamente si me abrigo un poco. Además, es mi obligación.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó el *sheriff*—. ¿Acaso vuelve a estar enfermo, señor Carlson?

—Otro de mis ataques —afirmó el juez, encogiéndose de hombros—. La cabeza me da vueltas, siento náuseas, no puedo soportar las personas ni la luz, y a la fuerza tienen que dejarme solo… Reconozco que me vuelvo insoportable, Irma —dijo mirando a la muchacha—, pero confío en que poco a poco iré encontrándome mejor.

—No nos acompañe si no quiere —ofreció el *sheriff*—. Yo me basto para guardar a este hombre, que por otra parte no parece

tener gran interés en darse a la fuga.

—Me gusta cumplir con mi deber —dijo Carlson—. Y tratándose de una causa por doble asesinato, estoy obligado a asistir a todos los actos de investigación. Aguárdenme un momento.

Desapareció por un lado de la casa y volvió al cabo de unos minutos con dos caballos a los que llevaba de las riendas. Uno era muy hermoso y tenía estribos adornados en plata. Nick se fijó en este detalle porque era muy aficionado a los caballos y entendía de estribos y sillas. El otro animal, más viejo, estaba equipado con mayor sencillez.

—Vamos —dijo Carlson—. Este otro caballo es para el prisionero.

El *sheriff* lanzó un silbido, y un potro blanco que hasta entonces había estado remoloneando en la esquina se aproximó al trote corto. Montaron, cada uno en su caballo, y emprendieron el camino hacia el cementerio.

Éste no se hallaba lejos de la población, pero durante la noche, el camino parecía interminable. Una sensación extraña, de misterio y de horror, parecía flotar en el aire cada vez que éste era atravesado por los rayos de la luna, que descansaba entre masas de nubarrones.

Llegaron al cementerio y penetraron sin dilación en el pequeño edificio donde se encontraban los cadáveres que habían de ser sepultados a la mañana siguiente.

Y fue entonces cuando Nick Farwell, el hombre sin nervios, el pistolero de los músculos de bronce, estuvo a punto de lanzar un grito.

Porque allí estaba otra vez el cuerpo de Michael, el asesinado.

CAPÍTULO VI

LA HORA DE LOS FANTASMAS

Encerrado en la celda, sin otra perspectiva que los barrotes de su ventana, Nick se golpeaba aún la cabeza con los puños recordando aquel espectáculo obsesionante.

Recordaba el cuerpo de Michael como si lo estuviera viendo aún, con las huellas del balazo en el ojo derecho y las facciones todavía transformadas por una expresión de horror. Y recordaba una por una las preguntas que el juez y el *sheriff* le hicieron en el cementerio.

—¿Es éste?

Nick lo había mirado una vez, diez veces…

—Si, éste es el mismo que he visto hace un rato junto al riachuelo, encima de un viejo carromato tirado por un caballo.

—Pero ¿aún insiste en repetir esa estupidez?

—Sólo repito lo que es cierto. Yo he visto antes este cadáver con mis propios ojos.

—Pues tendremos que llegar a la conclusión de que se ha dado un paseo esta noche, ¿no?

—¿Hay guardián en el cementerio? —había preguntado Nick.

—Lo hay, pero vive lejos de este edificio. Y ya sé que está usted pensando que alguien se llevó al cadáver y lo volvió a dejar. Pero la historia es demasiado fantástica, amigo. Tire por otro lado.

Nick se había encogido de hombros. No comprendía nada de todo aquello. No comprendía nada, nada…

—Si ustedes no me creen, no tengo más que añadir. Me ahorcarán igualmente, pero confío en que el día de mi ejecución

colgarán también a mi lado los cuerpos de los que asesinaron a Milton y a Ned.

—Lo procuraremos. Estamos aquí para servir a la ley. Y ahora vamos a la cárcel, Farwell. No oponga resistencia, porque si lo hace, le dejaremos seco aquí mismo.

—Tal vez sería mejor. Pero vamos de una vez a la celda. No pienso emplear la violencia hasta saber quiénes son esos asesinos.

Entre el juez y el *sheriff* le condujeron a la celda más segura que había en Rangely. Y ahora estaba aquí, sin comprender todavía nada de aquel misterio, esperando que llegara el momento maldito de morir.

Un herrero le había quitado ya la argolla del tobillo.

A todo esto, hacía rato que había amanecido. Nick logró dominar sus macabros pensamientos y se tendió a descansar en la litera. Apenas lo había hecho, cuando recordó la soberana belleza de Irma, la hijastra del juez Carlson. Pero ¿de qué le servía recordar?

La puerta se abrió y apareció el *sheriff*.

—Hola, granuja. ¿Qué tal la noche?

—Aburrida.

—Ahora te traigo algo para que te diviertas.

Hizo un guiño especial, se apartó a un lado y dejó paso a alguien para que entrara en la celda.

Dalia Kensington entró.

Bueno, tenía que ser Dalia Kensington. A Nick no le hubieran presentado a ninguna otra mujer, y menos con las manos atadas a la espalda. Dalia era morena, insultante, agresiva, potente, con algo de yegua salvaje en su sangre, en sus movimientos. Tenía unas líneas rotundas y poderosas que la hacían inolvidable para cualquier hombre que la hubiese visto una sola vez. Con las manos atadas a la espalda y la postura forzada, su busto se erguía agresivo. Llevaba un vestido sencillo, pero muy ajustado a sus líneas, y, además, bien hecho. Nick, que no esperaba aquello de ninguna manera, tuvo que entrecerrar los ojos al verla.

Ella, por su parte, le contempló también.

Buen ejemplar de hombre aquél, tan alto y fuerte, todo músculo y nervio, lleno de vida y con una sensación de potencia que casi anonadaba.

El *sheriff* desató a la muchacha y pareció resumir la situación cuando dijo:

—Sois unos buenos ejemplares los dos. Lástima que estéis condenados a muerte, cuerno.

Nick lanzó un gruñido ininteligible. En realidad, fue Dalia, después de mirarle fijamente, la que primero habló para decir:

—Hola, valiente.

—Hola, Dalia.

—Según parece, hemos de casarnos, ¿no?

—Si tú no opinas lo contrario, sí.

—Pues chócala, macho.

Le tendió la mano, y Nick se la estrechó fuertemente. La mujer sonreía con una especie de desafío, como si nada lograra impresionarla. Debía ser una mujer de temple, capaz de hacer cosas que muchos hombres ni siquiera intentarían. Nick sintió la curiosidad de preguntar:

—¿Por qué te han condenado a ti, amor mío?

—¿A mí? —rió ella—. Tiene gracia. Todo Colorado conoce esa historia, y aunque tú vengas ahora de Kansas, no sé cómo no te la han contado aún. Estoy condenada porque ayudé a huir de la prisión a mi novio, Bud Redigan.

—¿Tú eres la novia de Redigan?

—Sí, Redigan, el pistolero. ¿Y qué?

—Que no comprendo para qué quieres casarte conmigo. Tiene fama de ser hombre cruel y celoso. Te matará.

Ella lanzó una carcajada alegre y cristalina, como si nada de aquello le preocupase.

—Él está en el secreto de todo el asunto. Sabe que sólo he podido casarme contigo, inventando toda esa historia de que nos conocíamos antes, para que la gente sienta compasión de mí y el gobernador tenga un pretexto para perdonarme la vida. Luego seguiré condenada a reclusión perpetua, pero mientras a una no la cuelgan hay esperanza. ¿No es así, valiente? ¿Y tú? ¿Qué planes tienes para el porvenir?

—¿Sabes que haces unas preguntas que tienen mucha gracia, cariño?

—¡Bah! ¡Hay que ser optimistas! Cuando maté a aquel comisario que me perseguía, todo lo que hice fue acordarme de los chistes

sobre muertos que me contaba mi tío. Si al fin y al cabo tienen que ahorcarte, ¿por qué te empiezas a preocupar desde ahora?

—La verdad es que eres una maestra consolando. Ya me enviarás un besito con la punta de los dedos cuando tiren de la cuerda, ¿no?

Ella se volvió hacia el de la estrella.

—¿Cuándo nos casamos, *sheriff*?

—La ejecución está señalada para dentro de siete días. Como entretanto todos esperamos que el gobernador se apiade de ti, hay que dejar un poco de tiempo entre la boda y la «fiesta de lazo». Por consiguiente, os casáis mañana mismo.

—A mí me parece una excelente idea —dijo Dalia—. ¿Y a ti, Nick?

—Si te parece, nos casamos ahora mismo.

—¡Qué impaciente estás, amor!

Nick escupió ostensiblemente a la pared de la celda.

—Menos carantoñas, nena.

—Definitivamente os casáis mañana —determinó el *sheriff*—. Como es natural, no se os dejará permanecer ni un momento solos después de la boda. No queremos líos de ninguna especie. Y si tus planes salen mal, Dalia, y tenéis que ir a la horca los dos, cree que lo sentiré.

—No se preocupe, *sheriff*. Ya le daré un beso antes de que me maten.

Volvió a tender la mano a Nick y salió de la celda acompañada por el representante de la ley. Al marcharse ella, el calabozo pareció quedar espantosamente vacío. Nunca había visto Nick una mujer con tanta vitalidad, de tan maravillosa juventud como aquélla.

Se volvió a tumbar en el camastro y quedó profundamente dormido.

Nick tenía esa suerte. Cuando las cosas se ponían feas de verdad, era cuando estaba más tranquilo.

* * *

Por la tarde, casi al anochecer, vino a verle el *sheriff* y se entretuvo en la celda hablando un rato con él.

El *sheriff*, según pudo ver Nick, no era mala persona. Creía sinceramente en la fuerza de la ley, y aunque detestaba el crimen, hacía lo posible para que los criminales aún encontraran una senda

de redención. Nick Farwell era un hombre que le preocupaba sinceramente.

—Hemos estado esta mañana en el lugar donde ocurrieron esos asesinatos —empezó.

—¿Sí? ¿Y qué?

—Hay muchas huellas de caballos por ahí, y desde luego, algunas se dirigen hacia el riachuelo. Pero se trata de caballos herrados en la comarca, no hay duda. Puedo asegurarte que las marcas dejadas por sus cascos no se diferencian en nada de las nuestras.

—Por consiguiente, debo pensar que la investigación ha sido completamente inútil.

—No me alegra decírtelo, pero así es.

—¿Han encontrado también huellas dejadas por las llantas de un carro?

—Sí.

—Eso prueba que por allí pasó el carromato transportando el ataúd, y que dije la verdad.

El *sheriff* movió la cabeza de un lado a otro.

—Eso, muchacho, prueba que por allí pasó un carro anoche, y nada más. No hay ninguna prueba de que lo del ataúd sea cierto. Y aunque lo fuera, ¿significa eso que tú no pudiste matar a los dos comisarios?

—No. Únicamente significa que intervinieron elementos extraños y misteriosos en esos crímenes.

—Pero no podrías convencer a un jurado. Y además, ¿a ti qué te importa si igualmente estás condenado a morir en la horca?

—Sólo pretendo que los asesinos sean descubiertos. Ned y Milton se portaron bien conmigo.

—Pues no es éste el único asesinato misterioso que se ha cometido en Rangely últimamente. Parece como si de la ciudad se hubiesen apoderado los fantasmas.

—¿Cómo empezó todo?

—Con el asesinato de un hombre llamado Loman. Le clavaron una bala a la altura del corazón, en el cementerio, una noche de niebla.

—¿Y luego?

—Michael, que había asistido a su entierro, sintió un súbito

temor después de ver cubrir la fosa y se encerró en su casa, con intención de no abrir a nadie. Pero el asesino llamó a la puerta, Michael se asomó a la mirilla y entonces dispararon a bocajarro con un «Colt», a través de esa mirilla, perforándole un ojo y causándole la muerte instantánea. No encontramos ninguna huella que ayudara a descubrir al culpable.

—¿Cree que Michael llegó a verlo?

—Es posible, pero si lo vio… Bueno, en tal caso, la situación sería peor aún. Todos hemos notado la cara de terror que tenía el muerto. Y ese terror hubo de causárselo el asesino, no el revólver que ni siquiera tuvo tiempo de ver.

—¿Cree, acaso, que nos enfrentamos con un monstruo?

El *sheriff*, en contra de su voluntad, se estremeció.

—No sé qué pensar. Quizá sí. Quizá un monstruo camina de noche por las calles de la ciudad.

Los dos miraron hacia la ventana instintivamente. La noche había caído ya. Por entre los barrotes no se veía más que un espacio negro.

«Quizá un monstruo camina de noche por las calles de la ciudad…».

El *sheriff* se puso en pie pensativamente.

—Bueno, voy a largarme ya. He de hacer mi ronda nocturna por la población y vigilar lo que ocurre en los saloons. ¿Quieres algo? Mañana te casas, y si algo puede alegrarte en ese día…

—No quiero nada, gracias.

El *sheriff* salió, cerró la puerta y se ciñó los revólveres que siempre dejaba en el vestíbulo, antes de entrar en las celdas, para que a los condenados no les vinieran malas tentaciones.

Nick lió un cigarrillo con su último tabaco, se tumbó en el camastro y se puso a reflexionar mientras lanzaba al aire lentas bocanadas de humo amargo.

Oyó al cabo de unos instantes, bajo su ventana, el ruido peculiar de las espuelas del *sheriff*. El silencio en la pequeña cárcel era tal que se había acostumbrado ya a distinguir los sonidos más peculiares, y éste lo identificó en seguida.

Se asomó en lo posible a la ventana y vio al *sheriff* que pasaba por la calle bajo aquel costado del edificio.

—Oiga, *sheriff*…

—¿Qué ocurre?

—¿Sabe usted si en los muertos había algo que los distinguiera de los demás habitantes de Rangely?

El *sheriff* quedó pensativo unos momentos ante aquella pregunta que no esperaba.

—Algo que ¿los distinguiera? Pues no sé… Los dos se hallaban en buena posición, estaban considerados como personas honestas… ¡Ah, sí! Es curioso. No había pensado en ello hasta ahora. Ambos procedían de Carson City.

—¿Y cree que el fantasma que los liquidó puede venir de allí también?

—No lo sé. Pero me has dado una idea, cuerno… Voy a averiguar, si puedo, qué es lo que Loman y Michael hicieron en la capital de Nevada.

Improvisó un saludo con el brazo y se alejó haciendo tintinear sus espuelas.

Nick volvió a quedar pensativo. ¡Si estuviese libre y pudiera actuar! Pero era imposible intentar nada porque si escapaba sería ya inevitable la muerte para Dalia Kensington.

Sumido en estos pensamientos, no se dio cuenta de que transcurrían las horas.

Era ya más de medianoche, y en las calles de aquella parte de la ciudad reinaba un extraño silencio.

Sólo el viento que venía de la llanura silbaba a intervalos. Parecía aquélla la hora de los aparecidos, la hora de los fantasmas.

De repente, Nick oyó claramente el trote de un caballo al pie de su ventana.

Y luego un grito de horror, de sorpresa indescriptible, de agonía.

Un grito de esos que sólo se lanzan en el momento de morir.

Nick se abalanzó hacia la ventana, apretó convulsivamente las rejas… y vio en la calle, caído de bruces, a un hombre que llevaba un largo y tremolante cuchillo clavado en la espalda.

Los cascos del caballo se alejaban ya rápidamente.

Pero junto al muerto, Nick supo ver algo más.

—¡Un estribo labrado en plata! ¡Un estribo labrado en plata como los que usaba el juez Carlson!

CAPÍTULO VII

BODA JUNTO A UNA TUMBA

Nick apretó los barrotes convulsivamente y crispó los puños de tal manera y con tal fuerza, que la argamasa de la pared empezó a ceder, si bien la reja resistió el impulso.

Aunque él mismo no se dio cuenta, debió hacer bastante ruido, porque unos minutos después la puerta de la celda se abría a su espalda.

El *sheriff* apareció en el umbral, con un revólver en la mano y las facciones demudadas.

—Pero ¿qué te sucede, Farwell?

—¡No me sucede nada! ¡A mí nada! ¡Pero ahí fuera, el monstruo ha vuelto a actuar!

El *sheriff* se abalanzó a la ventana con revólver y todo, sin pensar que aquello podía ser una trampa para desarmarle.

Pero no era una trampa.

El cuerpo estaba allí, en el centro de la oscura calle, y parecía como si el cuchillo aún se balancease en su espalda.

—Es increíble —barbotó el *sheriff*—. ¿Qué es lo que has visto desde aquí, Farwell?

—No he visto apenas nada. Si no llega a ser por el ruido del caballo al alejarse, ni siquiera me entero de lo sucedido. ¿Puede distinguir desde aquí quién es el muerto?

—Juraría que es Brandon.

—Y no me dirá usted que Brandon también procedía de Carson City.

El *sheriff* se pegó un puñetazo en su propia barbilla.

—¡Diablo! ¡Pues es cierto que procedía de allí! ¡Se había establecido en Rangely hace poco tiempo!

—Ahora tenemos una pista importante —indicó Nick, sin moverse de la ventana—. ¿Ve ese objeto que brilla junto al caído? ¿Sabría decirme qué es?

El *sheriff* estuvo mirándolo atentamente durante unos segundos, como si no diera crédito a sus ojos.

—¡Diablos! ¡Claro que sé lo que es, pero no me atrevo a decirlo!

—Pues dígalo. Y vaya acostumbrándose a la idea.

—Es un estribo labrado en plata como los que usa el juez Carlson. Los usaba esta misma noche cuando hemos ido al cementerio.

—En efecto, así es. Me gusta todo lo que se relaciona con los caballos y me fijé en esos estribos.

—De modo que el delito se ha cometido usando la montura del juez Carlson —dijo pensativamente el *sheriff*.

—¿Qué significa eso? ¿Pretende decir que esto no lo ha hecho el mismo juez?

—No, amigo. En primer lugar, Carlson jamás ha estado en Carson City, lo que borra toda posible relación de origen con esos muertos. En segundo lugar, es incapaz de asesinar a nadie. Y, en tercer lugar, hace un rato, aproximadamente media hora antes de que esto sucediese, Carlson ha venido a mi oficina para denunciar que alguien había robado su caballo.

—Pero ¿qué dice?

—Digo lo que es cierto, y puedo atestiguarlo porque la denuncia se ha hecho ante mí mismo. Alguien ha querido utilizar el caballo del juez Carlson para sembrar confusiones y desorientarnos. Y además, ¿por qué dices todo esto, Farwell? Pareces uno de mis ayudantes, en lugar de un condenado a muerte.

—Tengo interés en que esos asesinatos sean aclarados, *sheriff*. En realidad, estoy aquí solo por eso y para que Dalia Kensington pueda librarse de la horca.

—En ese aspecto me parece que no tendrás motivos para quejarte. La boda va a celebrarse dentro de un par de horas.

—Deje eso ahora y hágame caso, *sheriff*. Salga a la calle y recoja ese estribo.

—Está bien, lo haré.

Salió, y al cabo de unos instantes regresaba con el estribo montado en plata. La prisión, entretanto, se había puesto en movimiento, y ahora varios agentes recelosos asomaban por las esquinas las negras bocas de sus rifles.

—No hay duda; es una de las del juez Carlson.

—¿Y no va a hacer nada para averiguar lo ocurrido?

El *sheriff* le miró fijamente.

—Mira, amigo, sé que tú vas a intentar fugarte para salvar tu piel y, de paso, acabar con esos asesinos. No tengo nada que objetar porque en tu caso yo haría lo mismo, pero se da la casualidad de que yo tengo la obligación de impedirlo. No hagas nada, por lo tanto, o vas a morir antes de lo que tú mismo esperas. Te aconsejo que duermas un poco y trates de pensar en los angelitos hasta que llegue el momento de tu boda.

Nick extrajo su bolsa de tabaco y preparó un cigarrillo con las últimas briznas que le quedaban.

* * *

El *sheriff*, el juez Carlson, su hijastra Irma, un delegado del gobernador y cuatro personas más se habían reunido a aquella hora en el vestíbulo principal de la cárcel de Rangely.

Cinco hombres armados guardaban la entrada principal, y dos más las dos únicas ventanas.

Aunque se había decidido celebrar la ceremonia fuera de las celdas para que no fuese tan penosa, no por eso estaba descuidada la vigilancia.

El juez Carlson abrió el libro de matrimonios, pronunció las palabras de ritual y preguntó a Nick Farwell si quería por esposa a Dalia Kensington, y a ésta si quería por esposo a Nick Farwell.

Cuando pronunció el «sí», Nick se dio cuenta de que los ojos de Irma estaban fijos en los suyos.

—Os declaro marido y mujer —anunció el juez pomposamente, después de las dos afirmativas—. Os deseo muchos años de felicidad y de ventura y numerosos hijos.

—Tiene usted gana de broma, juez —gruñó el *sheriff*, entre dientes.

—De todos los hijos que tengamos, le haremos padrino a usted, imbécil —exclamó Dalia Kensington, mirando a Carlson.

Éste se encogió de hombros como si pidiera disculpas.

—No deben tomarlo así. Al fin y al cabo, no están ahorcados todavía…

—Claro que no lo estamos —rió Dalia, agresivamente, mostrando su sana dentadura—. No lo estamos de ninguna manera.

Luego se volvió hacia Nick.

—¿Me das un beso, pichón?

Nick sentía clavados en los suyos los ojos de Irma, unos ojos obsesionantes, quietos…

—A su salud —dijo mirando a Irma también.

Y besó en la boca a Dalia Kensington.

¡Su esposa! ¡La mujer más desconocida del mundo para él! ¡Una mujer con la que apenas había cambiado una docena de palabras y que, sin embargo, le acompañaría en el camino hacia la horca!

Dalia Kensington echó la cabeza hacia atrás, mirándole con ojos brillantes.

—Uno es poco —exigió.

—¿No temes desmayarte si te beso otra vez?

—Prueba.

Nick fue a probar.

Y en ese momento se oyó el primer disparo.

Aquello fue como un aviso. Inmediatamente pareció como si el mundo entero se desplomase sobre la vieja cárcel de Rangely.

El primer disparo se había hecho desde una claraboya que había en el techo de la sala, y alcanzó en la espalda a uno de los guardianes que estaban en las ventanas. Los otros se volvieron todos a la vez y entonces empezó la tormenta.

Precisamente lo que con aquel disparo se había intentado conseguir era que los guardianes volvieran la cara hacia el interior de la cárcel, dejando de prestar atención a la polvorienta calle. Justamente en el momento en que lo hacían, una tempestad de plomo se abatió sobre ellos viniendo desde los porches fronteros.

Hombres que habían estado horas y horas, ocultos como gatos tras los relieves de los tejados se pusieron de repente en acción. Sus revólveres «Colt Frontier» de cañón extra largo vomitaron plomo rabiosamente contra los guardianes de la cárcel. Éstos fueron cazados en las caderas, en la espalda, en la cabeza, y cayeron retorciéndose mientras disparaban desesperadamente al aire.

Era un verdadero genio diabólico el que había preparado aquello.

Alguien que hizo tomar a sus hombres posiciones durante la noche, que llegó igual que un gato hasta la claraboya del vestíbulo y que hizo empezar el baile en el momento justo, preciso, exacto.

Sólo un hombre en aquella zona fronteriza con Utah era capaz de un golpe así.

El *sheriff* pronunció su nombre cuando gritó:

—¡Redigan!

Nuevas balas partieron desde la claraboya y el grupo que estaba en el centro del vestíbulo tuvo que deshacerse repentinamente. Los proyectiles picaron el suelo de tablas como reptiles furiosos. Los últimos guardianes que pretendían cobijarse dentro de la cárcel cayeron achicharrados por las balas del exterior.

El *sheriff* fue a sacar su revólver derecho, pero el mismo Nick le aconsejó:

—No lo haga.

En efecto, después de la sorpresa, ya todo estaba ganado para los hombres de Redigan.

Éstos fueron descolgándose de los tejados fronteros y acercándose a la cárcel con sus revólveres y sus cuchillos dispuestos. Eran la tropa de facinerosos más salvaje y bestial que en su vida había visto Nick Farwell.

Toda la carroña de la frontera, desde mestizos mexicanos hasta indios renegados que habían llegado desde los límites del Canadá parecía haberse dado cita en aquella cuadrilla.

El mismo Redigan resultó ser un tipo alto, muy fuerte y bronceado, con músculos que resaltaban poderosamente bajo su camisa vaquera. Llevaba dos revólveres, un cuchillo y un hacha de guerra india. Tendría unos veintiocho años. En sus culatas había más muescas que tumbas en el cementerio de Rangely.

Saltó a la habitación rompiendo los cristales de la claraboya y les miró a todos con expresión entre despectiva y los miró a todos con expresión entre despectiva y burlona. A todos excepto a Dalia, que le contemplaba con ojos llameantes de placer.

—¿Ves cómo no te he dejado desamparada, preciosa? Redigan siempre cumple su palabra.

Dalia se arrojó en sus brazos y los dos se besaron a la vista de

todo el mundo.

Nick carraspeó levemente.

—Me permito indicarle que esa mujer es ya mi esposa —dijo cuándo el pistolero se volvió hacia él.

Redigan lo miró primero con curiosidad, luego con expresión regocijada. Todo aquello parecía divertirle tanto, que apenas podía contener la risa. Por fin lanzó una carcajada brutal mientras se llevaba las manos a la altura de los revólveres.

—De modo que tú eres el «primo», ¿no?

Nick movió la bota derecha y le propinó un puntapié al bajo vientre que lo hizo estremecer de dolor.

Uno de los pistoleros fue a sacar y Nick le partió la mandíbula en dos de un salvaje derechazo.

Redigan, desde el suelo, mientras aún se retorcía de dolor, aulló:

—¡A él!

Y docenas de culatas se abatieron sobre la cabeza del joven, que todavía intentó mantenerse en pie y terminó cayendo a tierra mientras mil lucecitas diabólicas daban vueltas en su cerebro.

CAPÍTULO VIII

EL PISTOLERO RENDINGAN

Cuando despertó le dolía la cintura como si hubiese estado mucho rato doblado sobre la silla de un caballo.

Abrió del todo los ojos, con un gran esfuerzo, y vio que efectivamente debía haber sido transportado en una montura, porque estaba muy lejos del lugar en que ocurrió el ataque.

Ahora se encontraba en un pequeño circo de rocas, entre dos altas montañas y cerca de un grupo de caballos que bebían agua de un rumoroso riachuelo.

Estaba derribado en tierra y las piedras de agudas aristas se clavaban en su espalda. La cabeza le daba vueltas y notaba todo su rostro cubierto de sangre.

Redigan, que estaba a unos pasos de distancia, se acercó pausadamente a él, con los brazos arqueados.

—Ponte en pie, valiente.

Nick lo hizo poco a poco, dominando con grandes esfuerzos el temblor de sus rodillas. Cuando recobró la vertical, notó que las montañas empezaban a dar vueltas alrededor suyo. Redigan ayudó a esta sensación, largándole un gancho a la mandíbula que lo derribó otra vez a tierra.

—No debes maltratarle —dijo una voz femenina cerca de allí—. Al fin y al cabo, este hombre ha venido de Kansas para salvarme la vida.

—Eso le salva. De lo contrario, ya le habría hecho ahorcar.

—Después de todo, ya me había acostumbrado a la idea —gruñó Nick.

—En tal caso, no hagas que me acostumbre yo… porque te ahorcaré para divertir a mis hombres.

—Se ve desde lejos que eres todo un macho escupió Nick —Se te nota por la cola.

Redigan iba a abalanzarse sobre él cuando la voz femenina, ahora más cercana, pidió:

—Déjale.

Dalia se acercó lentamente. Había cambiado sus ropas, que ahora eran apretadas y agresivas como las de una bailarina. Sus ojos llameantes contemplaban a Nick.

—Veo que te han estropeado un poco, cariño. Creí que esos salvajes iban a matarte a culatazos.

—Hubiera sido muy triste, puesto que al fin y al cabo se trataba de la mañana de mi boda —dijo Nick.

Redigan hizo un movimiento como si fuera a abalanzarse sobre él nuevamente.

—Tiene gracia —gruñó—. Tú estás casada con este hombre, Dalia. Legalmente ni siquiera puedo acercarme a ti. Estoy pensando…

—¿Qué es lo que piensas?

—Que lo más normal y conveniente sería convertirte en viuda. Así, paloma, no habría obstáculo para que nos casemos los dos.

Dalia no dejaba de darse cuenta de la gravedad de la situación Redigan era un hombre primitivo, brutal, esclavo de sus instintos. Quizá por eso ella, primitiva y brutal también, se había enamorado de él. Y verdaderamente no podrían casarse mientras Nick viviera, al menos según las leyes del país. Esto era como una sentencia de muerte para el joven.

—Si hubiese podido imaginar esto —dijo ella, reflexivamente—, nunca habría llegado a formalizar lo de la boda. Al principio lo hice para que la opinión pública se apiadara de mí y el gobernador me perdonase. Pero luego, cuando Nick estaba camino de Colorado, me hiciste saber tu plan para salvarme ya no había tiempo para volverse atrás, Bud. ¿Qué piensas hacer con este hombre? Se ha portado bien conmigo, ha sido noble y valiente. No puedes causarle ningún mal o serás el canalla más despreciable de la tierra.

—Pero según las leyes de este estado, sois marido y mujer. ¿Y quieres que yo renuncie a ti por conservar la vida de un simple

pistolero?

Nick ya se sentía mejor. El aire frío de las montañas le había despabilado por completo y el dolor de los culatazos era sólo como una sensación sorda y lejana en su cráneo.

Se puso nuevamente en pie.

—No pienso estorbarte demasiado tiempo, Redigan. Si quieres acabar conmigo, ¿por qué no me prestas un revólver y te colocas a quince pasos?

—¿Pretendes desafiarme?

—Pretendo demostrarte que ya me está fastidiando tanta comedia.

Redigan lanzó una carcajada y ordenó a uno de sus hombres:

—Tú, Phil, ¡un cinto y un revólver para este bravo!

A Nick le fue entregado un cinto canana en cuya funda descansaba un brillante «Colt». Se lo ciñó con movimientos pausados, casi solemnes. Entretanto, Redigan fue retrocediendo hasta quedar a quince pasos de distancia.

—¿Verdaderamente quieres desafiarte conmigo, Farwell?

—¿Para qué crees que me estoy preparando? ¿Para cortarme el pelo?

—Te advierto que tiraré a matar.

—Estupendo. Entonces sé que no me alcanzarás. En cambio, si disparas contra una de esas montañas es posible que me des en medio de la cabeza.

Redigan lanzó una maldición en voz baja. Luego, mientras todos sus músculos se tensaban, gritó:

—¡Saca!

Los dos hombres se movieron al mismo tiempo, con una velocidad de pesadilla. Redigan llevó sus dos manos a los «Colt», mientras que Nick, disponiendo únicamente de un arma, movió tan sólo la mano derecha. El revólver apareció entre sus dedos como si acabara de brotar de ellos. Redigan movió sus dos brazos mientras intentaba poner los «Colt» en línea de tiro y en aquel momento las llamaradas comenzaron a brotar del revólver de Nick Farwell.

La primera bala alcanzó el cañón del revólver izquierdo de Redigan, y la segunda hizo estallar el cilindro del revólver derecho.

Redigan sólo sintió como dos quemaduras en las manos; nada más. Y mientras tanto, sus ojos desorbitados miraron cómo los

magníficos «Colt» se transformaban en dos pedazos de hierro retorcido y candente.

Nick sopló con tranquilidad en el cañón humeante de su revólver.

—Tú no me has hecho nada todavía, Redigan —dijo con voz clara—, y por eso no te he enviado galopando a cuatro patas al Valle de Josafat. Nunca mato a los que merecen vivir. Pero si te pones pesado, sentiré vaciarte los dos ojos en lugar de vaciarte los revólveres.

El pistolero, con la boca abierta por el asombro, aún no se atrevía a dar crédito a lo que estaba viendo.

—¿Sabes que una sola orden mía bastaría para que mis hombres te acribillaran? —balbució al fin.

—Está bien, dala.

Redigan tragó saliva. Miró a sus pistoleros, que estaban preparados para actuar. Y miró sobre todo a Dalia, cuyos ojos parecían atravesarle.

—No, no daré esa orden —dijo, mordiéndose los labios—. Cuando llegue tu hora, te mataré yo mismo.

—Estaré a tu disposición, Redigan.

—Ahora márchate. Estás libre. No necesitas permanecer en Rangely para salvar a Dalia porque ahora ella no corre peligro. Si quieres aceptar un consejo, sigue a marchas forzadas hacia el norte y trata de cruzar la frontera del Canadá.

—Voy a permanecer en Rangely, o al menos por los alrededores.

—Pero ¿estás loco? ¿Tanto te gusta colgar de una soga?

—Por la ciudad corre suelto un asesino a quien me interesa descubrir. Puede que sea simple curiosidad o puede que aún no haya corrido bastantes aventuras en mi vida y quiera correr ésta también. Pero no cruzaré las fronteras del estado hasta haberlo descubierto.

—Pero ¿no te das cuenta de que te estoy ofreciendo la única posibilidad que tienes de salvar la piel? Si te marchas al Canadá, y no apareces nunca más por esta tierra, yo obtendré la anulación de tu matrimonio civil con Dalia y podré convertirla en mi esposa. En cambio, si permaneces en Colorado, no tendré más remedio que matarte. Te librarás de la horca que tiene preparada el *sheriff*, pero en cambio, caerás bajo el fuego de mis revólveres. Ése será tu

destino.

—No importa.

En el silencio del paisaje se oyó el rechinar de los dientes de Redigan.

—Te mataré, Farwell. Juro que te mataré.

—Avísame antes por carta para afeitarme y ponerme camisa nueva.

Hizo un saludo con el brazo, guardó el revólver y emprendió a pie el regreso a la ciudad, no preocupándole lo más mínimo dar la espalda a la tropa de pistoleros.

Porque siendo Nick un pistolero también, sabía perfectamente que aquellos tipos estaban demasiado asombrados para atreverse a disparar. Y, además, Redigan, hombre brutal, pero no traidor, intentaría cumplir su palabra de matarle por su propia mano.

El camino hasta Rangely era largo si se iba a pie. Pero Nick Farwell no lo notó, porque tenía demasiadas cosas en que pensar.

Cuando llegó a una de las suaves colinas que dominaban la ciudad, vio un grupo de hombres que se afanaban sacando grandes barriles de una casa de piedra.

En aquella casa estaba el polvorín de la ciudad.

* * *

El *sheriff* Coburn, poco después de la espectacular fuga de Dalia y Nick, motivada por la intervención de la banda de Redigan había reunido apresuradamente a los pocos comisarios que le quedaban con vida.

—La ciudad se enfrenta con una grave situación —había dicho —. Estando en libertad por estas cercanías Redigan y Nick Farwell, todos los pistoleros de Colorado se irán concentrando a su alrededor, atraídos por el conjuro de sus nombres, Es preciso acabar con ellos cuanto antes, o pronto tendremos que reunir a nuestras mujeres y nuestros hijos y alejarnos de una ciudad que ya no habrá quien domine.

Pero uno de los comisarios había objetado:

—No estoy absolutamente de acuerdo, *sheriff*. Nick Farwell ha demostrado con su conducta que no es un asesino, sino una víctima de los caciques y los politicastros de Denver. Y en cuanto a Redigan, si bien ha hecho una carnicería para salvar a su novia, lo más

probable es que se largue de aquí. Todos sabemos que no ha estado nunca dos meses seguidos en el mismo sitio.

—Puede que eso ocurra, pero también puede que ocurra todo lo contrario. Ésta es una comarca rica y los pistoleros de todo el estado acudirán por docenas para ponerse a las órdenes de esos dos campeones, ahora que saben que están libres.

—¿Qué es lo que decide?

—Hemos de impedir, sobre todo que se apoderen del pequeño polvorín de la ciudad. Desde los tiempos de la guerra civil, hemos guardado allí nuestras municiones y nuestras armas. Nos interesa seguir conservándolas. No quiero pensar en lo que ocurriría si Redigan nos dejara sin ellas.

—¿Pretende montar allí una guardia especial?

—No dispongo de hombres suficientes para eso. Trasladaremos la pólvora y las municiones a mi oficina. ¡Arriba, muchachos! ¡Hay que empezar a trabajar inmediatamente!

Los comisarios se pusieron en movimiento y, preparando dos grandes carromatos, llegaron a uña de caballo al polvorín, un edificio de piedra construido por una patrulla nordista en 1864, cuando aquello era frontera india, y empezaron a cargar las armas y los barriles. Cada uno de éstos era triple y contenía pólvora para volar media ciudad. Sin impedimento alguno, cargaron las armas y los barriles llenos, dejaron algunos que estaban vacíos y volvieron inmediatamente a Rangely.

El *sheriff* estaba disponiéndolo todo en su oficina, como si fuese a resistir el asedio de varios días.

—Muy bien. Colocad los barriles de pólvora ahí. ¡Diablos! Ni tres hombres son bastantes para cargarlos. Distribuid las armas en esa otra habitación y procurad que juntó a los rifles haya suficiente cantidad de balas.

Los comisarios terminaron el duro trabajo.

—¿Qué hacemos ahora?

—Distribuiros estratégicamente por la población y vigilad para que ni un solo tipo sospechoso entre en ella.

Los comisarios salieron para situarse en los cuatro puntos cardinales de Rangely.

Apenas habían salido cuando entró Irma en la oficina de Coburn.

—¿Qué ocurre, *sheriff*? Después de la huida de esos hombres

parece que toda la ciudad esté agitada. ¿Es que temen que vayan a volver?

—Es posible. Y si yo fuese el juez, acudiría con usted a encerrarme en esta oficina.

—El juez está muy preocupado. Jamás le había visto así. Pero no debe ser por la fuga de esos hombres, sino por algo muy distinto.

—Bueno, eso nos preocupa a todos, pero más importante es lo de Redigan y Farwell, ¿no?

—Para él, no. Esta mañana, mientras tenía la cabeza entre las manos como si le sucediese algo terrible, le he oído decir dos veces en voz muy baja: «Por las calles de la ciudad, durante la noche, camina un monstruo. Y a ese monstruo sólo le conozco yo…».

Las facciones del *sheriff* se fueron volviendo lívidas.

—¿Qué quiso decir con eso?

—No lo sé. Sólo puedo decirle que su voz era muy extraña, muy silbante, que parecía de otro mundo… ¡Yo sé que él conoce algún secreto terrible y que si sigue así, acabará volviéndose loco!

—Procure tener calma, muchacha. ¿Cree que el juez conoce al autor de los tres asesinatos que se han cometido en Rangely?

—Estoy segura.

—¿Y por qué no viene a decirme inmediatamente su nombre? Y si ni siquiera piensa molestarse en hacer eso, él mismo puede dictar la orden de detención.

—Es que él no sabe que yo he oído sus palabras. Debe creer que nadie conoce su secreto. ¡Se lo juro! Coburn, estoy asustada. ¡Estoy asustada por primera vez en mi vida!

El *sheriff* apretó los puños fuertemente.

—Pues, aunque le parezca increíble no son esos crímenes lo que me preocupa. ¡Lo que más me asusta es la presencia de Redigan y la fuga de ese maldito Nick Farwell! ¡Ese maldito Nick Farwell!

Fue en este preciso momento cuando se oyó una voz a su espalda.

—¿Preguntaba por mí, *sheriff*?

CAPÍTULO IX

EL ENTROMETIDO

El *sheriff* Coburn se volvió instantáneamente, con el revólver preparado. Pero ya era demasiado tarde.

Nick Farwell había asomado como por arte de magia de uno de los grandes barriles que debían contener pólvora. Un reluciente «Colt» del 45 brillaba en su mano derecha.

El *sheriff* sólo pudo balbucir:

—Pe…, pero…

—No se preocupe, no voy a matarle. Pero ya me estaba hartando de tanto oírme llamar «maldito». Haga el favor de descargar los cilindros de sus revólveres y vuelva a guardarlos en sus fundas.

—¿Pretendes desarmarme?

—Sólo pretendo la seguridad de que por ahora no me van a agujerear la piel. ¡Ah, por cierto! ¡Mis respetos, Irma!

Irma miraba con ojos entrecerrados. Latía como una chispita de desprecio en ellos.

—Me encanta saludarle de nuevo, señor Farwell. No sabe lo bonito y conmovedor que resultó verle besar a la novia.

Hasta el *sheriff* se dio cuenta de que la actitud de la muchacha no era natural, de que latía en el fondo de su voz algo así como un oculto desengaño. Pero no tuvo demasiado tiempo para dedicarlo a esos detalles. Mientras descargaba los cilindros de sus revólveres, preguntó:

—¿Cómo ha podido llegar hasta aquí? ¿Es que logró ocultarse en el polvorín al huir de la ciudad?

—Nada de eso. Ni siquiera sabía que ese polvorín existía en

Rangely hasta que he visto a sus comisarios descargar unos enormes barriles de pólvora. Y como tenía ganas de volver a la población sin que nadie me viese, aproveché la oportunidad.

—¿Qué diablos hizo?

—Muy sencillo. Me arrastré hasta la puerta del polvorín y logré entrar aprovechando un momento en que todos los comisarios estaban cargando los barriles en un carromato. Vi que allí había unos barriles llenos y otros vacíos. Me introduje en uno vacío, cerré bien la tapa para que pareciera lleno y he llegado hasta aquí. Ni siquiera he tenido que machacar la cabeza a ninguno de sus angelitos.

—Cada vez me convenzo más de que está rematadamente loco, Farwell.

—Siempre es bueno saberlo.

—Si estuvieras en tus cabales habrías aprovechado para huir a cualquier sitio en vez de volver a Rangely.

—Ya le he dicho que aquí tengo cosas importantes que hacer.

—¿Cómo pudiste escapar de las zarpas de Redigan? Siendo tú el… Bueno, digamos el marido de su novia, no creo que le haga ninguna gracia dejarte con vida.

—Tuvimos una pequeña discusión, le agujereé los revólveres y él fue tan amable, que me dejó marchar.

Irma apretó los labios con tal fuerza, que se hizo daño. Su expresión varió, pero todos lo notaron menos ella. Ella sólo tenía ojos para mirar con desprecio a Nick Farwell.

—Le deseo muchas felicidades —silbó entre dientes—. Y ojalá vuelva a encontrarse muy pronto con su esposa.

Dio media vuelta y salió rápidamente de la oficina del *sheriff*.

—¿Qué mosca le habrá picado? —Gruñó éste.

—Debe estar intranquila. No le haga caso. Las mujeres cambian de humor cada cinco minutos.

—Pero el que no cambia de humor soy yo. Y debo advertirte que mis comisarios regresarán de un momento a otro y en cuanto te vean, tirarán a matar. Puedes liquidarme antes, pero eso no cambiará tu destino.

—De acuerdo. Ya sé que soy un condenado a muerte y que seguiré siéndolo hasta que me cuelguen. Pero antes de servir para adornar un árbol, quiero averiguar unas cuantas cosas de las que

ocurren en esta ciudad. ¿Ha sabido algo más con relación al crimen de esta noche?

El *sheriff* se frotó pensativamente la nuca.

—Sí, una cosa. El juez Carlson ha retirado la denuncia que presentó por el robo de su caballo.

Nick quedó atónito.

—¿Qué dice?

—Sencillamente, que ha retirado su denuncia. Creo haber hablado con toda claridad.

—¿Significa eso que nadie le robó su caballo?

—No lo ha dicho claramente, pero ésa es la única conclusión lógica.

—¿Estaba el animal en la cuadra?

—Sí.

—¿Y seguía faltándole el estribo?

—Sí.

Nick Farwell apretó los puños.

—Pero ¿se da cuenta, *sheriff*? La única coartada que el juez tenía era el robo de su caballo. Era muy fácil que cualquiera se lo hubiese llevado, cometiendo el crimen y perdiendo el estribo. No se podía acusar al juez después que él dijo que le habían robado su montura. Pero al retirar la denuncia y reconocer así que lo del robo era falso, toda su coartada se derrumba en el aire como un castillo de naipes. ¡Sólo él pudo cometer el crimen utilizando su propio caballo!

El *sheriff* seguía rascándose la nuca.

—La verdad, no sé qué pensar.

Nick fue a decir algo más, pero inmediatamente reflexionó, cubriéndose su frente de pequeñas arrugas. Realmente aquello era más complicado de lo que parecía a primera vista. ¿Quién obligaba al juez a retirar la denuncia? ¿No sabía él acaso que de este modo se convertía en el presunto culpable?

—Todo es demasiado sencillo —reconoció el joven en voz alta —. En la vida las cosas no suceden así. Si el juez fuera el asesino, no sería tan imbécil como para destruir él mismo su propia coartada. Por fuerza tiene que haber otra razón.

—Pero si él no es culpable, no acierto entonces quién pueda ser —musitó el *sheriff*—. Como es lógico, no me he atrevido a acusarle ni a hacer nada en contra suya. Estoy completamente desorientado

y necesito tiempo para pensar.

Nick se acercó a él.

—Está bien, de un modo u otro ya he conseguido llegar a la población sin tener que andar a tiros con sus comisarios, *sheriff*. Ahora le pido dos días de libertad para averiguar lo que hay detrás de todo este misterio.

—¿Me pides que falte a mi deber? El gobernador ha anunciado su visita a Rangely para dentro de cuarenta y ocho horas. Es capaz de hacerme colgar si sabe que uno de los pistoleros más peligrosos del Oeste central anda libre por la ciudad con mi consentimiento.

—Cuarenta y ocho horas de plazo es justamente lo que pido, *sheriff*.

—¿Y qué ocurrirá cuando transcurran?

Nick lanzó una carcajada.

—Entonces venderé cara mi vida, naturalmente. Pero solicito cuarenta y ocho horas de tregua.

—Concedida —gruñó el *sheriff* tendiéndole la mano—. Ordenaré a mis hombres que no disparen contra ti hasta que ese plazo haya transcurrido. Pero esto no significa un perdón, Farwell, ni quiere decir que yo haya renunciado a cumplir con mis obligaciones. Dentro de cuarenta y ocho horas mis comisarios y yo te perseguiremos como a una rata rabiosa.

—Procuraré aprovechar ese tiempo.

Salió de la oficina del *sheriff* y se dirigió en línea recta hacia la casa donde vivía el juez Carlson.

El tiempo había cambiado de improviso y ahora negros nubarrones se cernían sobre Rangely por los cuatro puntos cardinales del horizonte. El día había oscurecido y la atmósfera parecía espesa e impenetrable. Cuando Nick llegó a la casa, las nubes empezaron a descargar gruesas gotas que amenazaban convertirse rápidamente en lluvia torrencial.

Debido a esto, nadie circulaba por las calles y mucho menos por los campos vallados a los que daba la parte posterior de la casa.

Nick no entró por la puerta principal, sino por una de las ventanas de guillotina de la parte trasera. Hacer saltar el cierre y subir la hoja de cristal fue para él tarea de un par de minutos. Y debido al aguacero, su maniobra pasó tan inadvertida para todos como si la hubiese realizado en plena noche.

Nick, además, tuvo suerte. Se encontró en una habitación grande, bien amueblada y decorada con severidad, que no podía ser sino el despacho del juez Carlson.

Si alguna explicación a lo sucedido podía hallarse en la casa, no había duda de que sólo en el despacho lograría encontrarla.

Nick corrió las cortinas para que no le viese nadie desde el exterior y guiándose por un debilísimo resquicio de luz, fue abriendo en silencio los cajones de la mesa que no estaban cerrados con llave.

Nada de particular parecía haber en ellos. Documentos, estados de cuentas, copias de sentencias… En fin, todo lo que normalmente puede encontrarse en la mesa de trabajo de un juez. Pero al abrir el último cajón, Nick encontró algo que le pareció interesante.

Una fotografía.

Era la fotografía —seguramente hecha poco tiempo atrás—, de un hombre joven, alto, bien vestido, cuyo rostro estaba parcialmente cubierto por el ala de un sombrero «Stetson».

La fotografía no llevaba inscripción ninguna, o al menos lo parecía. Pero cuando Nick la acercó a la luz y la miró con más detalles, observó que habían sido borradas algunas letras. Aún era posible distinguir una T mayúscula y una p.

Estaba contemplando aquello cuando Nick sintió que una cosa fría y dura se apoyaba en su nuca.

CAPÍTULO X

EL SECRETO DEL JUEZ CARLSON

Cualquier persona hubiese notado que aquello que tenía apoyado en la nuca era un revólver, pero un tipo como Nick, acostumbrado al Oeste y nacido, por decirlo así, entre las patas de un caballo, supo, además, que ese revólver era de cañón corto y pertenecía a un «Derringer» de modelo algo anticuado. Sólo un tipo bastante pasado de moda podía emplear un arma así.

Y en efecto, el hombre que estaba detrás de él iba vestido con una severidad y una solemnidad completamente pasadas de moda.

Era el juez Carlson.

—Ni un movimiento —susurró.

—No tema.

Pero mientras decía estas palabras, Nick ya se estaba volviendo. Desvió rápidamente la cabeza, agachándose y sujetó el brazo armado de su enemigo, volteándolo por encima de su cabeza.

Naturalmente, para eso tuvo que lanzar la fotografía a tierra.

Y tuvo la sensación de que, pese a la velocidad fantástica de sus movimientos, el juez pudo haberle matado. ¿Por qué no lo hizo? ¿Acaso no quería derramar sangre en su propia casa?

Carlson cayó a tierra, derribando un par de sillas, pero el ruido fue ahogado por un trueno que hizo temblar la casa.

Una ligera torsión de la muñeca bastó para que el juez tuviese que soltar su «Derringer».

—¿Qué pretende? —dijo fríamente Carlson, mirando a Nick Farwell—. ¿Va a asesinarme también?

—Hasta ahora no he asesinado a nadie, juez, pese a mi condena.

He entrado en su casa con un objeto muy distinto.

—¿Cuál?

—Pensaba registrarla.

El juez no apartaba sus ojos de la fotografía caída en el suelo.

—Ha encontrado ese retrato, ¿eh?

—Ya lo ve.

—¿Y qué le ha hecho pensar?

—El retrato apenas nada, pero en cambio sí que me ha dado muchos motivos de reflexión la dedicatoria que usted ha intentado borrar sin conseguirlo del todo.

—¿A qué se refiere?

—Esa dedicatoria decía antes: «To my Phater»[1]. ¿Por qué ha intentado hacerla desaparecer, juez?

Carlson se puso en pie poco a poco, y aunque el «Derringer» podía estar al alcance de su mano si se movía con rapidez, nada hizo por recuperarlo.

Parecía como si una losa de plomo pesase ahora sobre sus hombros.

—¿Es indispensable que hablemos de esto, Farwell?

—Es indispensable.

—Lo cual indica que sospecha de mí.

—Precisamente por sospechar de usted he entrado como un ladrón en esta casa.

—Está bien —musitó el juez, mientras se sentaba, como declarándose vencido—. Sí, ese hombre reproducido en la fotografía, es mi hijo Arnold. Veintisiete años, un corazón frío como el hielo… y una puntería endiablada.

—No sabía que tuviera un hijo, juez.

—Jamás he hablado a nadie de él.

—¿Por qué?

—Parece como si los papeles se hubieran invertido, Farwell. Usted tiene todo el aspecto de un juez y yo de un acusado. Pero le contestaré. Mi hijo Arnold, desde que empezó a tener uso de razón, demostró unos instintos tan bestiales que me hicieron aborrecerle.

—¿Y lo expulsó de su casa?

—Yo entonces estaba en Omaha, como simple ayudante del fiscal. Me avergoncé de él y lo envié a un rancho de California, con los *cowboys*, a ver si así se corregía.

—¿Y se corrigió?

—Fue peor. Cuando un hombre ha nacido malo de verdad, pocas son las cosas que se pueden hacer para cambiarle. A los quince años asesinó a uno de los *cowboys*.

—¿Y qué ocurrió con él?

—Sólo por lo joven que era consiguió librarse de la horca, pero lo enviaron a presidio con una sentencia de treinta años sobre las espaldas.

—¿Y dónde empezó a cumplir condena?

—En Carson City.

Nick se mordió los labios imperceptiblemente. Todo aquello ligaba.

—Muy bien. ¿Qué ocurrió después?

—Sencillamente, que un día recibí esta fotografía.

—La fotografía de un hombre joven, con excelente salud… y que no tiene aspecto de estar cumpliendo condena.

—Veo que usted adivina mis pensamientos. Así es. La recepción de esta fotografía con una dedicatoria tan cariñosa, sólo podía significar una cosa: Arnold ya no estaba en Carson City. Había logrado evadirse del penal, conocía mi actual domicilio y venía hacia aquí. Puede comprender lo que sentí en esos momentos.

—¿Miedo?

—Arnold es un monstruo. Ya de niño poseía la agilidad de los gatos y el instinto traidor de las serpientes. Tiene unas manos… Bueno, unas manos que parecen haber sido hechas para estrangular. Verlas produce como una sensación de frío en la espalda.

—Comprendo que no es agradable para usted hablar de esto, juez. Vamos a dejar la conversación después de una última pregunta.

—Hágala.

—¿Cree que Arnold es el autor de estos asesinatos?

—Yo no digo nada —repuso Carlson, con dureza.

—Tiene la seguridad de que el caballo se lo robó él, ¿no es verdad?

—Piense lo que quiera.

—Por eso retiró luego la denuncia. Al reflexionar comprendió que el ladrón no podía haber sido sino Arnold y prefirió que se sospechara de usted antes que acusar claramente a su hijo.

En aquel momento, un relámpago iluminó de lívidos resplandores la habitación. De todos los rincones llegaron extraños reflejos. Nick tuvo la sensación de haber visto, en algún sitio, como los ojos brillantes de una fiera que se aprestaban a saltar sobre él. Luego, el trueno hizo retemblar hasta los cimientos de la casa.

—Dejemos esta conversación —suplicó el juez—. Le juro que yo no puedo más. ¡No puedo más!

—¿Sabe su hijastra Irma algo de esto?

—No creo. Ella jamás conoció a Arnold. La adopté precisamente después de la marcha de éste porque me sentía muy solo.

—Pero ¿sabe que él estaba en el penal?

—Es posible. ¿Quién podría decir lo que sabe y lo que ignora una muchacha de su edad? Aunque estoy seguro de que esa fotografía no la ha visto, puede haber oído algo, puedo yo haber hecho algún comentario sin darme cuenta, ¿comprende?

—Sí. Creo que será mejor que siga ignorando lo sucedido.

El juez dejó caer sus manos sobre las rodillas, con un gesto de desaliento y de cansancio.

—Me es difícil soportar esta situación y por eso le ruego que se marche —dijo—. Pero antes permítame que le haga una pregunta a mi vez.

—Puede hacerla.

—¿Cómo está libre y por qué se ha presentado con esa tranquilidad en Rangely? ¿Le ha visto el *sheriff*?

—Al *sheriff* no le parece bien detenerme ahora, pero lo hará dentro de un par de días. Naturalmente, le aconsejo que no disponga usted lo contrario, porque me vería obligado a usar mi revólver.

—Sí, ya veo que lo lleva.

—Arnold debe encontrarse por fuerza muy cerca de la ciudad. ¿Tiene idea de dónde se oculta?

Carlson se llevó una mano a la frente, abrumado.

—Es demasiado horrible.

—Eso parece significar que sabe usted algo.

—Sólo hay cerca de la ciudad un escondite que sea bueno, pero causa escalofríos nombrarlo.

—¿Cuál es?

—El cementerio.

Nick cerró un momento los ojos. No, no era absurda la suposición del juez. Uno de los crímenes se había cometido en el cementerio y de otro había sido víctima un hombre que venía de allí. El cuerpo de Michael fue robado del depósito de cadáveres. ¿No era, pues, posible que el fantasma se ocultara en el cementerio de Rangely?

—Está bien, iré allí.

—Si lo hace no lleve compañía. En el caso de que Arnold esté allí, no quiero que lo mate, ¿entiende? ¡No quiero que lo mate, porque se trata de mi propio hijo! —Pesadamente, volvió a hundirse en la butaca—. No sé para qué le digo esto, Farwell. Al fin y al cabo, es usted un pistolero y hará lo que le parezca. Pero si decide registrar el cementerio, dígaselo antes al *sheriff* para que esté enterado de lo que ocurre.

—¿Incluso lo de su hijo Arnold?

—Tarde o temprano se sabrá —dijo desmayadamente el juez—. Entiendo que el *sheriff* debe conocer la historia desde ahora. Los demás, ya lo sabrán a su tiempo.

Nick se acercó a la ventana por la que había entrado y descorrió suavemente las cortinas. Sobre la ciudad caía una verdadera tromba de agua y la luz de los relámpagos llenaba de lívidos resplandores la habitación. El joven seguía teniendo la sensación de que unos ojos brillantes le acechaban desde las sombras, pero sin poder concretar dónde estaban esos ojos.

Nick era un hombre realista y práctico y que no estaba acostumbrado a tener pesadillas. Por eso se sentía molesto consigo mismo, pero no podía evitar que aquella sensación le dominase. Unos ojos que le miraban satánicos, que se burlaban de él…

Antes de salir, preguntó:

—¿Conoce usted en la población a alguna persona que haya venido de Carson City?

—Carson City… El lugar donde Arnold estuvo cumpliendo condena… No, no recuerdo a nadie. O espere… Samuel Bunsen, el cajero de la Banca Statford, procede de allí. Claro que ya hace más de seis años que está establecido en nuestra ciudad.

El juez, que apenas le había mirado durante toda la conversación, tenía ahora la cabeza vuelta para mirarle. Un espejo lejano reproducía su imagen iluminada cada cinco o diez segundos

por el resplandor de algún relámpago Nick pasó una pierna por sobre el alféizar de la ventana.

—Gracias por su información, juez. Y crea que lamento lo que está ocurriendo.

Salió. Al alejarse del porche, la tromba de agua cayó sobre él. Pero a Nick no le molestó ni mucho menos. Porque aquél agua pareció lavar sus negros y terribles pensamientos.

* * *

El *sheriff* le invitó a cenar en su casa porque, según dijo, así podía vigilarle mejor.

—Es la primera vez que a mi mesa se sienta un condenado a muerte —explicó mientras brindaban.

Nick, durante la conversación que sostuvieron, le explicó que había allanado como un ladrón la vivienda del juez Carlson y que éste le había hecho determinadas confesiones. En fin, le dio cuenta de todo lo que había ocurrido aquella tarde.

El *sheriff*, al oír lo de Arnold, lanzó un respingo.

—Ahora se explica todo —dijo—. La verdad, el juez Carlson me da más lástima cada vez. No sabe cómo hacer para que no acaben colgando a su hijo. Y lo peor es que es inútil, porque ese tal Arnold adornará el árbol más alto de Rangely. ¿Qué piensas hacer, Farwell?

—Iré al cementerio.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche.

—¡Pero es una locura! ¡Hace un endiablado tiempo de tormenta y no encontrarás nada! ¡Eso contando con que ese fantasma no te mate por la espalda!

—Sólo de noche saldrá de la madriguera —dijo Nick—. Yo estoy seguro de que durante las horas del día no encontraríamos nada por allí. Es ahora cuando hay que investigar, cuando hay que convertirse en una sombra más entre las sombras.

—De todos modos, yo no iría.

Nick apuró de un sorbo el contenido de su copa de licor.

—Buenas noches, *sheriff*. No pienso huir de la ciudad, de modo que si mañana no aparezco por aquí puede empezar a encargar mis funerales.

Hizo un saludo y salió.

Antes de la cena, el *sheriff* había puesto a su disposición un sombrero y un caballo. Nick montó en el animal y emprendió la siniestra ruta. La lluvia seguía cayendo, aunque no con tanta fuerza. Las gotas resbalaban desde las alas de su sombrero y caían sobre la tela impermeable que cubría parte del lomo del caballo. El único rumor que se escuchaba en muchas millas a la redonda era el de la lluvia.

El joven llegó al cementerio de Rangely.

Aquel cementerio, como casi todos en el Oeste, tenía muy poco matiz religioso. Formado por amontonamientos desiguales de tumbas abiertas y cerradas a toda prisa, ofrecía todo el aspecto de uno de esos cementerios provisionales que se forman después de las grandes batallas. Más tarde aquello cambiaría y las cruces sustituirían a las lápidas con salvajes inscripciones y a las estacas de las que estaban colgados los revólveres ya oxidados del muerto; pero por el momento, el cementerio de Rangely era sencillamente una macabra sucesión de tumbas donde los muertos aún parecían enfrentarse entre sí como un par de millas más abajo, en la ciudad, aún se enfrentaban salvajemente los vivos.

Seguía sin oírse más sonido que el de la lluvia. Nick ató su caballo al tronco de un árbol y avanzó a pie dirigiéndose al pequeño grupo de mausoleos que había en un extremo del cementerio, convencido de que era el único lugar que ofrecía para un criminal un refugio relativamente seguro.

Todo estaba tan oscuro que era imposible distinguir dos pasos más allá. Pero Nick avanzaba muy despacio, igual que una sombra dibujada por el sol, haciendo trabajar a sus oídos en lugar de sus ojos.

Precisamente por eso, al cabo de unos cinco minutos se dio cuenta de que alguien le seguía.

El crujido de una rama al ser pisada detrás de él… La suave queja de la gravilla al posarse sobre ella una bota. El rumor distinto de la lluvia que no cae sobre tierra, sino sobre las ropas de un hombre…

No se había equivocado. ¡El monstruo estaba allí!

Calculó la distancia a que podía encontrarse de él, Guiándose por el sonido de la lluvia. Si hubiese habido relámpagos, se habría vuelto en el momento preciso, con el revólver preparado, pero

ahora la noche era negra como una condenación.

El asesino debía estar de él a uno ocho pasos.

En el momento preciso, Nick se detuvo y se volvió silenciosamente con el revólver dispuesto. Si tenía un poco de suerte, el asesino tropezaría materialmente con el cañón del «Colt».

Pero el hombre que le seguía debía ver en la oscuridad igual que las hienas.

A Nick le avisó como un sexto sentido y se arrojó a tierra, mientras a unos siete pasos restallaban dos detonaciones. Las balas pasaron aullando junto a su cabeza. Y si no se hubiese arrojado al suelo, es seguro que le habrían alcanzado de lleno. El joven gimió, para desorientar, y oyó en seguida unos pasos que se alejaban a toda velocidad. El asesino huía después de considerar acabada su obra. Nick, entonces, sonriendo fríamente, disparó al nivel de las piernas, guiándose por el sonido. Los fogonazos restallaron en la oscuridad y por unos momentos no se oyó nada más. Pero Nick no se hacía ilusiones. El asesino era astuto y debía estar huyendo en estos momentos, pero arrastrándose sobre su vientre.

«Va en dirección norte», pensó.

Arrastrándose también, fue dando un rodeo para cortar el paso a su enemigo. La distancia que los separaba era pequeña y tenía que dar con él. Aquella persecución silenciosa e implacable duró unos cinco minutos.

Por fin tuvo Nick la sensación de que estaba a punto de tropezar con alguien. A unos cuatro pasos creyó ver una sombra agazapada. Sin pensarlo más, dio un salto felino y se lanzó al ataque.

Cayó igual que una pantera sobre la persona, que estaba agazapada allí. Le clavó el revólver en las costillas y silbó:

—¡Arriba las manos!

Pero no dejó de sorprenderle que su enemigo se ablandara con tanta rapidez. Apenas puso resistencia. Cuando Nick cayó sobre él, quedó quieto y acurrucado igual que si no tuviera fuerzas para rechazarle, igual que si aquel ataque fuera algo demasiado inesperado y terrible para él.

No, aquello no era normal.

Y además, la figura a la que Nick estaba apuntando era demasiado armoniosa y blanda.

Tendió la mano, encontró una funda pistolera y tiró del revólver

que estaba descansando en ella.

—Vuélvete ahora de espaldas poco a poco y cruza los brazos sobre la columna vertebral —ordenó—. Yo me encargaré de atarte. ¡Ah! Y si quieres que te entierren aquí mañana mismo, haz un solo movimiento sospechoso.

El amenazado obedeció, pero la sensación de fragilidad que daban sus movimientos hizo sospechar de nuevo a Nick Farwell.

Con la mano izquierda palpó la cara que tenía a unas pulgadas de distancia y que, sin embargo, no podía ver. Lanzó una maldición en voz baja.

¡La cara era de una mujer!

* * *

Nick se rehízo en seguida. Nadie había dicho que el monstruo no pudiera ser una mujer. El culpable de todos los crímenes no tenía por fuerza que ser un hombre.

Y por eso ordenó:

—En pie. Vamos hacia la salida del cementerio siguiendo siempre a la izquierda. Detente al llegar a los primeros árboles.

Caminaron en silencio. La lluvia había cesado y ahora no se oía en el cementerio más que el rumor sordo de sus propios pasos. Por entre los nubarrones comenzaron a insinuarse muy tímidamente unos rayos de luna.

Llegaron a los primeros árboles.

Nick dijo a su prisionera:

—Vuélvete.

Y entonces los rayos lunares iluminaron con un levísimo reflejo el rostro de la mujer. Pero fue suficiente.

Nick la había reconocido.

¡Era Irma!

CAPÍTULO XI

LA HIJA DE LA NOCHE

Iba vestida con ropas oscuras de hombre, y las señales de barro indicaban que había estado arrastrándose por el suelo.

Nick sintió como si le hubiesen dado un mazazo en el cráneo. Incluso tuvo que cerrar los ojos para que ella no viera la expresión de dolor que había asomado a sus pupilas. Pero se rehízo inmediatamente.

—Supongo que podrás explicar todo esto —dijo.

—Las explicaciones no he de dártelas a ti.

—Perfectamente. Volveremos a la población. ¿Dónde has escondido tu caballo?

—Junto a aquellos árboles.

Caminaron en silencio hasta encontrar un hermoso animal negro que piafaba impaciente. Nick lo desató y le llevó de la brida hasta encontrar el suyo. Luego montaron los dos y emprendieron al trote corto el regreso hacia Rangely.

Como la luna ya había aparecido en un claro del cielo, Nick podía ver bien a la muchacha. Ella tenía la cabeza baja, los hombros un poco hundidos y la expresión del que ya ha llegado al límite de su resistencia. De vez en cuando, sus labios temblaban espasmódicamente.

—Siento haberme equivocado —musitó Nick al cabo de unos instantes—. Tú no eres el fantasma a quien busco.

—¿Y cómo lo sabes?

—Hace rato que he olido el cañón de tu revólver. No han disparado con él hace al menos una semana, mientras que el asesino

me ha dedicado dos balazos.

Ella guardó silencio.

A lo lejos se veían las primeras luces de Rangely.

—¿Por qué has venido? —preguntó él.

—Para saber… si era cierto lo de Arnold.

—¿Es que conocías tú su existencia?

—Imaginaba algo y, además, he oído la conversación de esta mañana.

—Pues no puedo felicitarte. Conocer ese secreto es bastante peligroso.

—Lo sé. Arnold es capaz de matar a todas las personas que un día puedan identificarle.

—Creo que lo más prudente sería que estuvieses unos días fuera de la ciudad.

—No tengo parientes ni amigos en ninguna parte. Y aunque los tuviera, no pienso alejarme de aquí.

—¿No tienes novio en algún sitio?

Ella se volvió para mirarle fijamente. De repente, una atmósfera extraña pareció crearse entre los dos. Los ojos de Nick estaban posados en el rostro de aquella mujer, en sus líneas esculturales, en el dibujo tentador de su boca. Ella le miraba también con una atención insólita, casi dolorosa. Y de repente, se echó a reír.

Su risa llenó de extraños ecos el macabro silencio de la noche.

—¿Yo novio? ¿Por qué has pensado eso? Porque una mujer elegante como yo parece que ha de tener centenares de pretendientes, ¿no es así? —Volvió a reír, pero ahora con amargura —. Mis únicos pretendientes han sido los conductores de las manadas y los pistoleros que están en los saloons aguardando su presa. ¡Los únicos! Todos los hombres un poco jóvenes y educados que hay en Rangely prefieren a las mujeres ricas y con porvenir. Y, además, no me gustan. ¿Entiendes? ¡No me gustan!

—Yo creí que eras una muchacha de posición acomodada — musitó Nick—. Casi no me atrevía a mirarte precisamente por creer eso.

Irma lanzó otra carcajada, pero ahora su risa estuvo llena de amargura. Fue como esas veces en que se ríe para ocultar el llanto.

—No tengo nada, aunque el juez me haya dicho que me dejará una herencia de cien mil dólares. Sólo soy la hijastra del juez

Carlson y éste me aprecia únicamente porque así no está solo, pero por nada más. Yo misma tengo que confeccionarme estos vestidos que a ti te parecen tan elegantes. Y en cuanto a esa posible herencia, cuando Carlson muera… ¿crees que son importantes los ingresos de un juez? Cualquier vaquero gana mucho más. A solas me río de lo de la herencia. No, amigo, ni los hombres me hacen caso a mí, ni yo hago caso a los hombres. Hay momentos en que preferiría estar sola, para alejarme por las llanuras hacia cualquier lugar ignorado. Pero ¿para qué sirven los deseos de una mujer —rió—, allí donde los hombres imponen la ley de su revólver?

Nick Farwell acercó su caballo al de la muchacha poco a poco. Nunca como ahora Irma le había parecido tan mujer, tan humana, tan digna de ser querida.

En voz baja, preguntó:

—Irma, ¿aceptarías la declaración de amor de un pistolero condenado a muerte?

Ella volvió a mirarle. En su mirada hubo como una fijeza dolorosa. Luego, susurró:

—Cuando uno va a morir, de nada sirven las palabras de amor.

Nick iba a decir algo más, pero en ese momento entraron en la calle Principal de Rangely, topándose con dos hombres.

Uno de ellos era el *sheriff* y el otro un tipo bajo y grueso que iba armado con un rifle.

El *sheriff* habló antes de que le preguntasen nada.

—Este hombre es Samuel Bunsen —dijo, señalando al que iba a su lado—. ¿Quieres protegernos, Farwell?

—¿Hasta dónde?

—Hasta la cárcel. Sam opina que pueden asesinarle esta noche. Han muerto varios hombres de los que él conoció en Carson City y dice que él es el único que queda.

—¿Acaso usted y todos los que han muerto asesinados formaron en otro tiempo un grupo? —preguntó Nick, mirando a Sam Bunsen.

—Sí. Nosotros… Bueno, todos los muertos, yo y otro individuo llamado Ted Pursell formábamos hace cuatro años un grupo de buscadores de oro. Y en aquel tiempo descubrimos… Bueno, pero ¿es que voy a tener que explicar todo esto en plena calle?

—Vamos a la cárcel —decidió Nick—. Allí estará más seguro. ¿Vienes, Irma?

La muchacha asintió y se encaminaron todos a la oficina del *sheriff*, contigua a las celdas, y que estaba muy cerca de allí.

Sentados en la oficina del representante de la ley, y ante unas copas de *brandy*, Samuel Bunsen prosiguió:

—Es una historia que jamás he explicado a nadie, pero ahora tengo miedo, mucho miedo, y prefiero hablar. Como decía, todos los que han muerto asesinados en Rangely, yo y un hombre llamado Ted Pursell, descubrimos cerca de Carson City una fantástica mina, pero en un terreno que ya estaba registrado a nombre de otro. ¿Qué hacer? Cualquier cosa menos despreciar una fortuna tan inmensa. Llevábamos demasiado tiempo luchando para nada… Nos enteramos de que el propietario del terreno era un viejo loco y quisimos comprárselo sin dar importancia a la cosa, pero no accedió. Entonces lo emborrachamos, pero tampoco pudimos engañarle. Sin embargo, Ted Pursell tuvo una idea: «Ya que no quiere vender, nómbrenos sus herederos para cuando se muera —dijo, riendo—. Al fin y al cabo, no tiene más que ese maldito trozo de tierra». El viejo loco dijo que sí, y que cuando se muriera ya nada le importaba nada. Llamó al notario, un tipo más borracho aún que él, y redactó el testamento a favor de todos nosotros, haciendo constar que si alguno moría, su parte quedaría a favor de todos los demás.

—¿Asesinaron luego al viejo? —preguntó recelosamente el *sheriff*.

—Éramos unos frescos, pero no unos asesinos, amigo. Ninguno de nosotros hubiese sido capaz de una cosa así. Llevamos al hospital al viejo, quien había sufrido un ataque de *delirium tremens* después de la borrachera, y salimos de la ciudad confiando que moriría pronto. Pero el viejo ha vivido casi cuatro años aún, si bien en un estado de completa locura y sin haber podido dictar, por lo tanto, otro testamento válido.

—¿Vinieron en seguida a Rangely? —preguntó el *sheriff*—. Todos ustedes llevan ya bastante tiempo aquí.

—Sí. Vinimos a Rangely como podíamos haber parado en cualquier otro sitio. Preferíamos estar juntos para vigilarnos mutuamente, y desde luego, juramos no revelar a nadie el secreto de aquello. Los únicos que no se quedaron con nosotros fueran Ted Pursell, Milton y Ned, que después del descubrimiento de la mina

ya entraron al servicio de la ley.

—¿Adonde fue Pursell?

—A la ciudad de Omaha. Yo estuve hace unos meses allí, y por él me enteré de la muerte del viejo, puesto que Pursell acababa de regresar de un viaje a Nevada y conocía la noticia. Nos dijo que ya podíamos empezar a explotar la mina cuando quisiéramos. Pero la verdad es que a él la noticia no parecía importarle mucho. Estaba dominado por la pasión del juego y sólo vivía para los naipes. Me despedí de él y regresé a la ciudad. Pero como viajaba lentamente, en uno de los altos del camino pude adquirir un periódico que hablaba del asesinato de Pursell después de una partida de cartas.

—Él era el primero que moría, ¿eh?

—Sí. Y me entró miedo, la verdad. Preferí no decir nada por el momento a mis compañeros. Ni ellos me habían engañado ni yo pensaba engañarles, pero necesitaba pensar. Al fin hablé con Loman, y aquella misma noche moría asesinado… No sé qué creer. ¡Les juro que no sé qué creer!

—Por fuerza, el asesino tiene que ser uno de los miembros del grupo —dijo Nick—. Pero ¿quién, si Pursell ya estaba muerto?

—El único que queda vivo es usted —dijo el *sheriff*, acusando claramente a Sam Bunsen—. ¿Quién me dice a mí que, después de asesinar a sus compañeros, no se está cubriendo las espaldas explicándome ahora esa historia?

Bunsen quedó de momento pálido como un muerto. Luego, sus mejillas comenzaron a encenderse.

—Pero… —balbució.

Nick adivinó en seguida que aquel hombre no podía ser culpable. Tenía una cara brutal, eso sí, cara de verdadero animal, pero animal noble. No era de los que asesinan ni matan a un semejante con astucia.

Pero el *sheriff* seguía señalándole.

—Usted, Bunsen… —Fue a añadir.

Y en aquel momento, una voz le interrumpió diciendo:

—¿Molestamos, amigos?

Y oyeron todos, el sonido característico de varias balas de rifle al entrar en las recámaras.

CAPÍTULO XII

LOS PISTOLEROS

Los que amenazaban se habían acercado allí con agilidad de serpientes y con el silencio de gatos en la noche. El pequeño grupo que formaban Irma, el *sheriff*, Sam Bunsen y Nick fue plenamente sorprendido.

Nick fue el primero en reaccionar, pero ya era demasiado tarde. Un grupo de cuatro hombres y una mujer, capitaneados por Redigan, estaba ya en la oficina del *sheriff*. Todos llevaban rifles montados menos Dalia, que empuñaba un revólver.

—¡Vaya! —dijo Nick, poniéndose en pie—. ¡Qué agradable visita!

—Menos comedia, amigo —gruñó Redigan—. De sobra sabemos que nuestra visita no es agradable para nadie. Pónganse todos en pie, como este camarada, y suelten la artillería.

Los amenazados se dispusieron a obedecer porque no les quedaba otro remedio. Incluso Nick fue a desabrochar su cinturón canana. Pero Redigan le detuvo.

—Tú no, palomo. He venido precisamente porque quiero dejar bien resuelta esta cuestión de Dalia Kensington. Sólo uno de nosotros puede vivir. Y dentro de un par de minutos sabremos quién tiene esa suerte.

—¿Es que vas a desafiarme?

—Sí, y aquí mismo, a esta breve distancia, donde los tiros no pueden fallar.

—Me fastidiará tener que matarte, Redigan —dijo fríamente Nick—. Te estás portando con nobleza al darme tantas

oportunidades, pero te advierto que vas en línea recta hacia la tumba.

—¿Sí, eh? Vamos, muchachos, apartaos y vigilad para que ninguno de estos pasmados intervenga. Yo retrocederé hasta el fondo de la sala, Farwell. Cuando haya llegado allí, ¡habrá que pelear!

Nick arqueó el brazo derecho mientras sus labios se distendían en una suave sonrisa.

Dalia Kensington contemplaba los preparativos del combate a muerte con ojos llameantes de gozo, con ese orgullo de la mujer que se sabe hermosa y por la que dos hombres se van a matar.

—A tu salud —dijo Nick.

Redigan estaba llegando ya al fondo de la sala.

Y de repente, gritó:

—¡Saca!

Nick movió el brazo derecho, bajándolo de golpe y haciendo retroceder al mismo tiempo la cadera para que el revólver se pusiese en línea recta de tiro con sólo levantar la funda. Su gesto fue un modelo de eficacia y precisión. Disparó cuando su enemigo aún no había logrado tirar de la culata. Una brutal mancha roja pareció estallar en el hombro izquierdo de Redigan.

Éste soltó su arma mientras se encogía con un gesto de dolor.

—Es la última vez que te dejo con vida, Redigan —susurró Nick —, doy dos oportunidades, pero no tres. Otro día dispararé un poco más abajo, al centro del corazón. Haz lo mismo que tú me aconsejaste: Lárgate al Canadá con esa mujer. Es una tigresa, una pareja verdaderamente digna de ti. ¡Vamos, todos afuera!

Los pistoleros de Redigan obedecieron, intimidados por aquella voz y por el revólver del joven, a pesar de que hubiesen podido matarlo porque a él no le era posible apuntarlos a todos. Dalia Kensington le arrojó un beso moviendo los labios suavemente.

—Gracias, guapo. Ya tramitaremos nuestro divorcio desde el Canadá, y si es necesario colgaremos de un árbol al juez que nos casó.

Pero estaba escrito que no llegarían al Canadá nunca.

En aquel momento, uno de los pistoleros gritó:

—¡Cuidado!

Todos volvieron la cabeza, se inclinaron al ver que algo entraba

silbando por la ventana…, y en aquel momento una explosión horrísona hizo retemblar hasta los cimientos de la casa.

La muerte acababa de entrar allí.

* * *

¡Nitroglicerina!

Nick, en el mismo momento de ver entrar la botella por la ventana, adivinó que contenía el terrible líquido explosivo. Por eso se arrojó sobre Irma, que estaba junto a él, la derribó a tierra y la cubrió con su cuerpo.

La explosión lo hizo retemblar todo, destrozó la mesa, hizo volar los demás muebles, y un espantoso olor a sangre y a muerte se extendió en unos segundos por la habitación.

Las maldiciones de los heridos se juntaron al último estertor de los muertos. Durante unos segundos, el más terrible desorden reinó en aquel lugar que alguien había querido convertir en un cementerio.

Nick susurró al oído de Irma:

—¿Estás bien?

La muchacha escupía sangre por la boca, pero movió con rapidez la cabeza e intentó ponerse en pie.

—Puedo defenderme. Ten cuidado. Nick. Esto es…

Iba a añadir algo, pero en ese momento restallaron varias detonaciones.

Según pudo ver Nick, a la primera ojeada, el *sheriff* y Bunsen habían muerto despedazados. Uno de los pistoleros de Redigan también. Los otros dos habían corrido hacia la puerta, y en estos momentos eran materialmente fusilados por los granujas que les estaban esperando afuera, y los cuales tiraban a mansalva contra los que salían aterrorizados de la oficina del *sheriff*.

Nick gritó:

—¡Marranos!

Dalia Kensington se lanzaba en estos momentos también, con el revólver preparado. Redigan intentó detenerla, pero no pudo conseguirlo a causa de su hombro herido. Nick gritó:

—¡No salgas!

Pero ya Dalia estaba en la puerta, disparando como una loca con su revólver y aullando:

—¡Malditos cobardes! ¡Disparad! ¡Disparad si os atrevéis ahora!

Los cinco pistoleros que estaban en el exterior dispararon sin piedad.

Dalia recibió plomo en las piernas, en el vientre y en el pecho. Empezó a caer, abrazada al quicio de la puerta, mientras seguía disparando con su revólver. Uno de los pistoleros cayó con las entrañas mordidas por el plomo. Los otros remataron a la mujer de varios tiros a la cabeza.

Ésta, antes de morir, aún gritó:

—¡Puercos como hienas!

Sus últimas palabras se mezclaron al grito de rabia, de odio, que lanzaron Redigan y Nick.

Los dos gun-men salieron a la vez. Unidos en esta ocasión, enlazados por la salvaje hermandad del revólver, salieron del edificio como dos bestias rabiosas, aullando y maldiciendo, dispuestos a matar, aunque fuera con los dientes para vengar a una mujer.

Nick vio cuatro pistoleros a pie delante de él, con sus rifles preparados, y a otro vestido de negro, cubierto el rostro, montado en un caballo negro también.

¡El enmascarado que apareció la noche en que fueron ahorcados Ned y Milton! ¡El monstruo de la ciudad de los fantasmas!

Nick hubiese querido disparar contra él, pero los pistoleros eran más peligrosos de momento. Rechinaron sus dientes de rabia cuando movió el revólver como un coloso, como una auténtica máquina de matar. Dos de los pistoleros cayeron para siempre con la cabeza atravesada, otro recibió plomo en un brazo y el cuarto disparó contra Redigan, alcanzándole en mitad del pecho. Pero Redigan lanzó una carcajada.

Entre su barba negra, los dientes brillaron como una maldición.

Avanzó hacia el pistolero mientras éste disparaba otra vez.

La bala le alcanzó en el vientre. Pero Redigan reía, reía…

Nick, como hipnotizado, asistía a aquel espectáculo increíble. Reaccionó cuando el vestido de negro emprendió un rabioso galope hacia el centro de la ciudad. Y Nick disparó entonces contra él, tirando a matar, pero las sombras de la noche le impidieron hacer blanco.

El pistolero que había quedado herido quiso disparar contra él, pero Nick se movió a tiempo y le clavó tres balas en el centro exacto de la cabeza.

Redigan, entretanto, había caído sobre su enemigo. Una carcajada larga, bestial e infrahumana, seguía partiendo de su garganta.

Con sus diez dedos empezó a estrangular al pistolero, mientras los ojos se le salían de las órbitas.

El asesino empezó a gemir, a patalear, a aullar…

Pero Redigan, sin piedad, seguía apretando.

Nick se aproximó con el revólver humeante en la mano derecha.

—Redigan…, ¿es que no vas a dejar nada para el verdugo?

Redigan se volvió hacia él. Sus dientes formaban como una mueca entre el negro de la barba. Apretó otra vez sobre el cuello de su enemigo y susurró mirando a Nick:

—Si alguna vez vas al Canadá, amigo…, acuérdate de mí.

Lanzó un estertor y cayó muerto sobre su enemigo, que había perecido ya, estrangulado por las manos implacables de Redigan.

Nick recargó lentamente su revólver. No se dio cuenta de que mientras tanto, un pistolero emboscado en el porche frontero le apuntaba con su rifle.

Sonó una detonación a espaldas del joven.

Éste se volvió y pudo ver en el umbral, a Irma, empuñando un revólver humeante.

El pistolero, alcanzado en mitad de la frente, cayó de rodillas y luego de bruces sobre la tierra.

—Gracias, muchacha —susurró Nick—. Esta vez me hubieran alcanzado bien.

Una tristeza infinita, agobiante, parecía pesar sobre la joven. Con los ojos cerrados, musitó:

—No hace falta que me des las gracias. Sólo he querido saber si funcionaba este revólver.

La calle estaba desierta, sólo poblada por los cadáveres. Pero los dos se volvieron al mismo tiempo con la sensación de que alguien los observaba. Y, en efecto, el juez Carlson estaba al otro lado de la calle, quieto, fúnebre, mirando los cadáveres.

Nick hubiera jurado que había lágrimas en sus ojos.

—Tiene que matarle, Farwell —susurró el juez acercándose a él

—. Tiene que matarle, aunque sea mi hijo. Lo que ha hecho esta noche no tiene perdón si es que aún hay justicia. ¡Prepare su revólver, Farwell, y tráigamelo para que lo juzgue! ¡Será condenado a muerte y colgado del árbol más alto de esta tierra!

Su acento era patético, sus ojos estaban desencajados y parecía a punto de sufrir un ataque de histeria.

—Lo buscaré, juez —susurró Nick Farwell.

El juez pareció calmarse poco a poco ante aquellas palabras que revelaban una inquebrantable decisión.

—Ven a casa, Irma —suplicó Carlson—. No puedo estar solo. Tengo…, ¡tengo miedo! Ven a casa, y no te separes de mí por lo menos hasta que haya transcurrido la noche.

La muchacha avanzó hacia él, sorteando los cadáveres. Parecía impulsarla un aire trágico, fatal, como el que impulsa a los hombres a avanzar hacia el sitio donde tienen que morir.

—Iré contigo —susurró.

Pero antes de alejarse dirigió a Nick una mirada en la que éste supo leer una angustiosa despedida.

* * *

Tenía también miedo Irma. ¿Podría el monstruo entrar también en la casa del juez?

Nick se hizo estas preguntas mientras cerraba los ojos a los muertos, ayudado por los que habían acudido allí en tropel después de pasar el peligro. El joven cuidó de cerrar personalmente los ojos al *sheriff*, a Redigan y a Dalia Kensington.

Al pensar que aquella mujer con la cabeza destrozada a balazos había sido legalmente su esposa, Nick sintió unos oscuros e incontenibles deseos de matar.

Fue a la oficina de Telégrafos y puso un telegrama urgente a Denver, donde aún conservaba numerosos amigos. Pidió a uno de ellos que averiguase todo lo posible sobre un tal Pursell, empedernido jugador que había llegado a Carson City y que fue asesinado después de una partida de póquer. Le interesaba ante todo saber si se había relacionado últimamente con algún forastero, y en tal caso deseaba la descripción de éste.

Una vez había cursado el telegrama, el empleado recibió otro que descifró sobre el papel. Mientras lo hacía, una amplia sonrisa

iba iluminando su rostro. Se levantó y tendió el papel a Nick.

—Enhorabuena, señor Farwell. Acabo de recibirlo. El gobernador ha decidido perdonarles a usted y a Dalia Kensington. A partir de este momento es un hombre que no tiene cuentas con la ley.

Nick sonrió sin alegría.

—A Dalia Kensington tendrán que esculpirle el perdón en su lápida —musitó—. Buenas noches.

Salió a la calle, entró en un saloon, bebió, volvió a salir…

Todos sus movimientos eran los de una fiera enjaulada que está buscando su presa.

Le obsesionaba aquella noche de tormenta, cuando él, mientras hablaba con el juez Carlson, tuvo la sensación de que desde un rincón de la pieza le acechaban unos ojos brillantes como los de un tigre. Nick sabía que no se equivocaba, sabía que esta sensación era verdadera. Pero ¿por qué la había tenido? ¿De dónde salió la mirada diabólica de aquellos ojos?

Pasó varias veces por delante de la casa del juez y vio luz en la habitación de Irma, cuya silueta se recortaba en la ventana cada vez que la muchacha, vestida aún, paseaba nerviosamente de un lado a otro de la estancia.

¿Estaría el monstruo acechando allí?

Nick, como un sonámbulo, fue de nuevo a la oficina de Telégrafos.

Su amigo de Denver se había movido bien. En poco más de una hora ya estaba allí la respuesta. En el extenso telegrama se informaba a Nick de que Pursell había jugado su última partida con un forastero a quien tuvo que pagar haciendo testamento a su favor a pesar de que Pursell parecía ser pobre como las ratas. Acto seguido venía la descripción, bastante completa, de ese forastero.

Nick entrecerró los ojos, guardó el telegrama en el bolsillo y salió nuevamente a la calle.

En su revólver había seis balas.

Aunque sólo por lo que decía el telegrama no podía juzgar, acababa de tener una corazonada. Sabía ya de dónde vinieron aquellas diabólicas miradas de burla mientras hablaba con el juez Carlson.

Fue a la casa de éste y tanteó la ventana por donde entrara la

última vez. Había sido puesto un nuevo resorte de seguridad, pero éste no resistió tampoco demasiado los hábiles dedos de Nick Farwell.

El joven pasó una pierna, silenciosamente, sobre el alféizar de aquella ventana.

La luz de la habitación de Irma ya se había apagado. Seguramente, la muchacha dormía. Mejor; esto simplificaba las cosas.

Cuando Nick acababa de entrar en la habitación, un relámpago lo iluminó todo con sus espectrales reflejos. La tormenta volvía. El trueno, más poderoso cada vez, hizo retemblar de nuevo hasta los cimientos de la casa.

Nick vio, como la otra vez, el espejo que había en un costado de la habitación.

La tempestad rugía ahora fuera de la casa. Cada segundo, los relámpagos iluminaban lívidamente el interior.

Nick miró la butaca donde aquella noche estuvo sentado el juez.

Enfrente del espejo. Y el juez no le miraba a él en aquella ocasión. Pero sus miradas diabólicas, sus miradas de sangrienta burla…, ¡aquellas miradas demoníacas se habían reflejado en el espejo!

Nick tocó su revólver.

Otro relámpago iluminó la habitación.

Y en ese momento, una voz dijo desde su izquierda:

—Ha acertado, Farwell. Pero de nada le va a servir.

* * *

Nick se volvió poco a poco. Sabía que había unos cortinajes en el lugar donde había brotado aquella voz. En efecto, los cortinajes se movieron. Y Nick tuvo que ahogar una maldición.

Porque allí acababa de aparecer el juez Carlson, pero no solo. Delante suyo, como protección, sujetándola por el cuello con su mano sarmentosa y huesuda, llevaba a Irma.

Un «Colt» 45 apuntaba directamente al corazón de Nick.

Éste sonrió fríamente.

—Sí, he acertado, juez. Y siento no haberlo hecho antes. Pero ahora todas las pruebas están en mi bolsillo, como, por ejemplo, un telegrama llegado de Denver y que le describe a usted como el

hombre que jugó la última partida con Pursell. Seguramente él, al no poder pagarle, le contó lo de la mina y le ofreció nombrarle su heredero. Y al saber que todos los otros estaban en Rangely…, usted aceptó pensando en lo fácil que sería ir eliminándolos uno a uno y llegar a convertirse en único dueño de una de las minas más importante de Nevada. Asesinó a Pursell y regresó a la ciudad. Loman fue su primera víctima. Como nadie le suponía relacionado con ese asunto de la mina, estaba seguro de no ser descubierto.

—Pero yo sabía que había estado en Denver por aquellas fechas… —susurró Irma con un hilo de voz—. Lo he recordado hace poco al oír la confesión de Sam Bunsen. Por eso he vuelto aquí con el miedo clavado en el alma. Pero no podía delatarle a él. ¡No podía!

—¡Calla! —gritó furiosamente Carlson, mientras sus uñas se clavaban en el cuello de la muchacha—. Déjale hablar a él. ¿No ves lo listo que es? Hable, Farwell, hable… ¿Qué más le hizo sospechar?

—El que se hubiera puesto enfermo la noche en que «robaron» el cadáver de Michael para desorientar a Ned y Milton, que también eran herederos de la mina, y poder asesinarlos así más fácilmente. Cuando usted estaba enfermo, juez, necesitaba que lo dejasen solo, lo cual era un magnífico pretexto para poder enmascararse y salir cuando todos le creían en su casa. Sólo aquello ya debió hacerme recelar, pero confieso que entonces, mi pensamiento no llegó tan lejos.

Carlson lanzó una breve carcajada.

—¿Y qué más? Siento curiosidad por conocer mis fallos…

—Cuando yo vi la fotografía de esa persona que usted llama su hijo y que es la fotografía de un hombre cualquiera con una dedicatoria preparada a propósito, usted me amenazó con un revólver, pero no me mató a pesar de que pudo hacerlo cuando le ataqué. Y no lo hizo porque el que alguien viera aquella fotografía era una coartada. Había perdido un estribo de su silla de montar al cometer uno de sus asesinatos, y no le quedaba más recurso que montar una farsa. Denunció al *sheriff* el robo de su caballo, luego retiró la denuncia fingiendo que no quería denunciar a determinada persona…, a la que, por lo visto, apreciaba mucho. El que yo viese aquella fotografía formaba parte de la coartada. Se alegró muchísimo de que yo hubiera entrado en su casa, y por eso no me

mató. Al contrario, me recomendó que hablase con el *sheriff*. Luego, cuando hube hablado, ya no le era útil e intentó asesinarme en el cementerio. Usted y el *sheriff*, aparte de Irma, que oyó nuestra conversación, eran los únicos que sabían que yo iba a ir allí. Su hijo no existe, juez, como tampoco existirá el perdón para sus crímenes. Entréguese y deje a Irma. No me obligue a que le mate por mi propia mano.

—¿Matarme a mí? Pero ¿se da cuenta…?

Alzó el revólver un poco más y susurró:

—¡Rece!

Un relámpago más fuerte que los demás iluminó la estancia. Su luz fue tan lívida y espectral, que todos tuvieron un fantástico estremecimiento. Y Nick gritó en ese instante, fingiendo que se cubría el rostro con las manos:

—¡Michael!

Michael era el hombrecillo cuyo cadáver robó el mismo juez Carlson para asustar a Ned y a Milton antes de ahorcarlos. Y hubo tal acento de sinceridad en la voz de Nick, que hasta un diablo como Carlson llegó a creer que Michael, el muerto, estaba allí… Con los ojos dilatados por la sorpresa y el horror, volvió la cabeza, y en ese instante, la muchacha dio un salto para desasirse mientras Nick tiraba de su revólver.

El juez lanzó un grito de rabia y fue a disparar, pero ya era demasiado tarde.

Había perdido unos segundos preciosos. Y todos los que han manejado el revólver saben que sólo hay un segundo entre la vida y la muerte.

Nick tiró una vez, dos veces, tres veces…

Y luego, con el cuerpo caído a sus pies, otras tres más. Las seis balas, fueron a clavarse en el cuerpo del asesino, mientras Irma sollozaba.

Ya no habría más crímenes en «la ciudad de los fantasmas».

Nick guardó el revólver, pasó un brazo por sobre los hombros de Irma y salieron de la habitación los dos.

Ninguno se sentía alegre.

Pero salieron a la calle, al aire libre, a la vida, liberándose de aquella pesadilla mortal.

Fuera seguía lloviendo.

Pero ellos no lo notaron.

Porque sus rostros y sus corazones estaban tan juntos que, en ese momento, no se hubieran separado ni aun cayendo un rayo entre los dos.

FIN

Notas

[1] «A mi padre». <<